

TEATRO ESCOLAR ARGENTINO

BIBLIOTECA N. DE MAESTROS

TEATRO ESCOLAR ARGENTINO

POR

E. G. VILARNAU

COMEDIAS PARA NIÑAS Y NIÑOS, MUY APROPIADAS
PARA REPRESENTACIONES ESCOLARES

BIBLIOTECA N. DE MAESTROS



Sección Infantil

15220c

(106)

"LIBRERIA DEL COLEGIO"

Alsina y Bolívar - Buenos Aires

**BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS**

Librería Nelson

Exp. Act. 30.289/59

\$ 8.90.-

Louv. Tall. Gráfica 1961

117X174

TEATRO ESCOLAR

ARGENTINO



Lector o Lectora Amable

El teatro infantil no es rico en producciones. No faltan las obras buenas, ciertamente; pero son muy escasas. Otras, que abundan mucho más, son las que reflejan costumbres de las clases más bajas de la sociedad y están escritas en el argot orillero, que tanta gracia hace a ciertas gentes, pero que, a mi entender, constituye un crimen de lesa cultura cuando se pone en boca de criaturitas que aún no están en edad de discernir y se acostumbran a ese lenguaje, con grave detrimento de sus futuras inclinaciones y de nuestro hermoso idioma.

Tampoco los asuntos que se trata, por lo general son los más apropiados para ser representados por niños.

Un concepto erróneo hace que la generalidad de los que han cultivado este género o elijan argumentos impropios de niños o caigan en el extremo de la exagerada simplicidad, que quita todo interés a las obritas.

En las que ofrezco en este volumen a las señoras maestras y a las familias, he procurado, hasta donde mi capacidad me lo ha permitido, evitar esos inconvenientes.

He procurado que el lenguaje, sin ser rebuscado ni pretencioso, al contrario, natural y sencillísimo, sea correcto; a cada personaje le he hecho hablar según su condición.

Para los argumentos he buscado temas simpáticos, valiéndome, para los más, de sucesos o hechos ejemplares conocidos, que he procurado adaptar a la escena infantil lo mejor que me ha sido posible. Es verdad que así se podrá decir que no serán absolutamente nuevos, pero, aparte de que ya hace muchos siglos que se reconoció que nada nuevo había bajo el sol, lo que verdaderamente importa es que sean interesantes y, antes que nada, morales.

Alguno está basado en temas directamente religiosos; en otros el principio religioso no está tan explícitamente expuesto, pero tanto éstos como aquéllos, están inspirados en el espíritu católico, y el fin que en todas estas comedias se persigue es dejar una enseñanza o una afirmación netamente cristiana.

Todas, menos una, están hechas exclusivamente para niñas.

La experiencia nos ha mostrado que la inteligencia y el carácter de las niñas son más apropiados que los de los varoncitos para éstas, que pudiéramos llamar iniciaciones artísticas.

Las niñas, por otra parte, se inclinan más al teatro — sobre todo, cuando se refiere a temas delicados y buenos — que los niños.

He aquí las razones que me han llevado a escribir estos opúsculos y a darlos a la estampa.

E. G. Vilarnau.

ÍNDICE

	<u>Página</u>
Es feliz quien quiere serlo (comedia para niñas)	1
La fe no se vende (comedia para niñas).....	17
Correo sin estampilla (comedia para niñas).....	33
Santo remedio (comedia para niños y niñas).....	43
Meterete y Avefría (comedia para niñas).....	57
¡A quien escupe al cielo....! (comedia para niñas)	75
La verdadera riqueza (comedia para niñas)	107
La virtud es invencible (comedia para niñas)	123

ES FELIZ QUIEN QUIERE SERLO

COMEDIA PARA NIÑAS

PERSONAJES

MAGDALENA ..	Señora de elevada posición
ISABEL	Su hija
CAROLINA	Chacarera
PETRILLA	Hija de Carolina
JOSEFA	Mucama

La escena en un cuarto de labor de la casa de Magdalena. Una mesa con utensilios de enseñanza y libros; en otro lado de la escena, otra mesa con costura, etc.; sillas y los muebles que se juzgue conveniente añadir. Puertas laterales que dan al interior de la casa y otra, al fondo, desde la que se ve un jardín.

ES FELIZ QUIEN QUIERE SERLO

ESCENA PRIMERA

ISABEL. — *(Está sentada ante una mesa en que hay libros de estudio, cuadernos, tintero, etc.; tiene un libro abierto en la mano, pero recita sin mirarle, con entonación de desgano y aburrimiento).*

El adjetivo sirve para determinar... para determinar y calificar al sustantivo... al sustantivo... agregándole... agregándole... *(Se levanta haciendo un ademán de protesta)* ¡Que lo aprenda otra! ¡Vaya si es aburrida la cosa! ¡Se acabó! Cuando venga miss Ketty a tomarme la lección, la digo que como no me haga aprender cosas más lindas, yo no estudio. ¡Ya está! Y no estudio; no; no estudio aunque me pelen. Y si se enoja, que se enoje... y si me pone en penitencia, que me ponga... ¡Con no hacerla caso!... ¡Quisiera yo saber quién me va a obligar!... Lo dicho. ¡Viva la libertad y muera la gramática!... *(Tira el libro al aire y sale corriendo y saltando hacia la puerta).*

MAGD. — ¿Adónde vas, hija? ¿De esa manera estudias?

ISABEL. — ¡Es que!... ¡es que!... Iba a beber agua.

MAGD. — Y ¿para beber agua salías al jardín y era necesario arrojar los libros al aire? ¡Isabel! Estoy muy descontenta de ti... Miss Ketty me dice que no estudias ni atiendes, y la señorita Paulina no quiere seguir dándote lecciones de música porque no la haces el menor caso. ¿No te da vergüenza? La Chula, de Morán, empezó a estudiar medio año después que tú con la señorita Paulina; y ahora te ha pasado con mucho en el solfeo, y ya hace las escalas en el piano con la mayor limpieza.

ISABEL. — ¡Bueno, mamá! ¡Ya te lo he dicho mil veces! ¡Te has empeñado en hacerme desgraciada, y ya veo que lo vas a conseguir!... (*Llora*) ¡Yo... no... quiero estu...diar! (*Llorando*).

MAGD. — Pero, ¿estás loca? ¿Que no quieres estudiar? Y entonces, ¿qué quieres hacer?

ISABEL. — Pues... pues... ¡yo no quiero estudiar!

MAGD. — Es decir; que siendo una niña rica, como eres, ¿quieres ser una ignorante zafia, sin educación y con la que ni querrá tratarse la gente?

ISABEL. — No me importa nada de la gente; yo quiero divertirme y ser feliz... y no vivir como una esclava... porque soy rica. ¡Ojalá Dios me hubiese hecho pobre!...

MAGD. — ¡Ay! ¡Que no lo fueras un par de semanas para que no dijese más disparates!...

ESCENA SEGUNDA

Dichas, Carolina y Petrilla

CAROLINA. — ¿Me da su permiso, señora?

MAGD. — Adelante, Carolina, ¿qué te trae por aquí?

CAROLINA. — Nada, señora; sino el gusto de saludarla y verla. Pedro tuvo que bajar a la ciudad con el carro para traer unas peras y unos duraznos al mercado; y como yo tenía que comprar un poco de género para hacer algo de ropa para la Petrilla, que todo se le queda chico y todo lo destroza, pues dije, digo: Mira, Pedro; pues la chica y yo nos ponemos en el carro, y mientras tú despachas la fruta, nosotras nos vamos a ver a mi señora, que hace un sinfin de tiempo que no la vemos y luego mercamos el género. Y aquí me tiene, señora, para servirla; ya veo que la niña Isabel está tan linda.....

MAGD. — Pues, mira... Isabel es la criatura más desgraciada de la tierra. Una verdadera mártir.

CAROLINA. — ¿Qué me cuenta, señora? ¿Qué le pasa?

MAGD. — Que sufre la inmensa desgracia de ser rica.

CAROLINA. — (*Riendo*). ¡Muchas desgracias como esa me cayeran!

PETRILLA. — ¡Quién pudiera ser desgraciada así!

MAGD. — Bien; dejemos esas pavaditas de niña zonza. Carolina, has venido a punto. Ahí tengo unos vestidos míos y unos trajes de mi esposo que

había apartado, con los que tú, que eres tan hacendosa, podrás arreglar a tu marido y arreglarte tú este invierno; y añadiré unos trajecitos de abrigo de Isabelita para Petrilla y algo de tela para que hagas ropa interior. Ven; así podrás ver todo lo que te pueda servir. (*A las niñas*) Vosotras quedaos aquí jugando.

CAROL. — (*Emocionada*) ¡Ay, señora de mi alma! ¿Cómo podré pagarle todo lo que hace por nosotros?

MAGD. — No digas simplezas; con tu leal y noble afecto me pagas con muchas creces. (*Salen las dos*).

ESCENA TERCERA

Isabel y Petrilla

ISABEL. — ¡Qué linda estás, Petrilla! ¡Y qué bien te está ese vestido que llevas!

PETRILLA. — Me le hizo mamá de uno suyo viejo hace un año y ya me está chico. Es el que me pongo los días de fiesta, cuando me lleva mamá al pueblo para oír misa.... ¡Me gusta tanto!... ¡Pero vos sí que tienes vestidos lindos!... ¡Quién fuera rica!

ISABEL. — ¡Estás fresca! ¡Serías tan desgraciada como yo! ¡Todo el día estudiando!... Cuando no es la Gramática... ¡Que la tengo más rabia!... es el piano, que ni le puedo ver... La institutriz inglesa, por un lado, que no te deja ni respirar; la señorita Paulina, con el dichoso solfeo y el maldito piano.... ¡Ay, eso no es vi-

da! Vos corrés por el campo, te revolcás por el suelo si querés; jugás con las ovejas... ¡Esa es la vida!

PETRILLA. — ¡Vos sí que estás aviada!... ¡Que te pusieran en mi lugar, y ya verías!...

ISABEL. — ¡Ya lo creo que me pondría!

PETRILLA. — Verías qué gusto da tener las manos llenas de sabañones, y levantarte en invierno antes que salga el sol, y...

ISABEL. — ¡Calla!... ¡Me vas a hacer creer!... ¡Como si no supiéramos aquí cómo se vive en el campo! El año pasado estuve en la estancia de mis primas... ¡En mi vida me he divertido tanto! Y ellas, que van todos los años ¡hay que oírlas!...

PETRILLA. — Es porque ellas van a divertirse, como niñas ricas, y no a vivir como pobres.

ISABEL. — ¡Cállate! No pretenderás que vaya a creerte que en el campo se vive trabajando.

ESCENA CUARTA

Dichas, Magdalena y Carolina

MAGD. — (*Sale hablando con Carolina a quien reconviene cariñosamente*). Ya te he dicho otras veces que no me gusta que hagas eso. Y tú sabías que no hacías bien y por eso entraste aquí con las manos vacías, para que yo no me enterara hasta que te hubieras ido. Te lo repito; te agradezco mucho tu buena voluntad, pero no vuelvas a hacerlo.

CAROL. — ¡Pero, señora! ¿Cómo quiere que, sabiendo que a Vd. le gusta la fruta buena, y dándose

este año tanta y tan linda, pudiera yo venir a verla sin elegirle una media docenita?...

MAGD. — ¡Buenas medias docenitas te dé Dios! ¡Un par de cientos de duraznos como rara vez se ven de hermosos; otro tanto de peras y otro tanto de manzanas, que me río yo de las mejores de California!... Es un verdadero delito el que tú cometes al traer eso... y es mayor aún el que yo cometo al admitírtelo. Vosotras sois pobres, y...

CAROL. — ¡No diga eso, señora! Eso no tiene más valor que la voluntad con que se lo ofrecemos. En cambio ¡la debemos tantos beneficios!...

MAGD. — Bueno, bueno; quedamos en que será la última vez. Y ahora tratemos de lo otro. (*Dirigiéndose a las niñas, que han quedado conversando entre sí en voz baja*). ¡Isabel! ¡Petrilla! ¡Venid!

ISABEL. — ¿Qué quieres, mamá?

PETRILLA. — Mande Vd., señora.

MAGD. — Sé que sois desgraciadas las dos, y quiero haceros felices. (*a Isabel*) No hace aún una hora que me dijiste que tu dicha sería ser pobre y vivir en el campo, libre de profesores y de estudios. ¿No es cierto?

ISABEL. — Sí mamá. Esa sería mi felicidad.

MAGD. — Está bien. (*a Petrilla*) Tu mamá me ha dicho que a cada momento sueltas un suspiro más hondo que un pozo, y exclamas: ¡Ay! ¡Quién pudiera ser rica como la niña Isabel!

PETRILLA. — (*Con humildad y tratando de disculparse*) ¡Perdóneme, señora!

MAGD. — (*Cariñosamente*) No; si nada malo haces con eso. Yo no te reprendo. Lo que quiero saber es si es verdad que la felicidad para tí sería hacer la vida que hace Isabel.

PETRILLA. — ¡Pues no ha de ser verdad! ¡Ya lo creo!

MAGD. — Entonces no hay más que hacer que cambiar de casa. La cosa es fácil. Isabel se va con Carolina y tú te quedas conmigo.

ISABEL. — ¡Ah! ¡Yo no digo que quiero que nos separemos! ¡Eso no!

MAGD. — Pues, ¡a ver cómo hacemos! Quieres vivir en el campo y pobre; y a mí me gusta ser rica y vivir en la ciudad. No creo que pretendas obligarme a perder mi felicidad para someterme a un capricho tuyo... Porque para mí la felicidad es vivir como vivo. Así que de lo que se trata es de que tú cambies de vida para ser feliz.

ISABEL. — Pero, ¿podré venir a verte todos los días?

MAGD. — Vendrás cuando venga el carro de la chacra... si no es que tienes que hacer. Y, por mi parte, te prevengo que no pienso pasarme la vida yendo y viniendo de aquí a la chacra y de la chacra aquí. De manera que lo mejor, para no engañarte, es que calcules que nos veremos una vez cada dos o tres meses...

ISABEL. — (*Con ironía*) Ya veo que me quieres mucho, mamita, cuando tan fácilmente te conformas con no verme más que dos o tres veces al año.

MAGD. — No eres justa. Yo no quiero que te vayas ni dejar de verte. Lo que hago es sacrificarme por tu felicidad. Esta casa es rica y quien para ser feliz tiene que ser pobre, no debe ni puede vivir en ella. Por lo demás; debes comprender que los pobres no pueden pasarse la vida viajando ni haciendo visitas.

ISABEL. — (*Con despecho*) Tienes razón; me iré con Carolina.... y ¡hasta la vista! Lo que quieres es convencerme de que no tengo razón, y para eso buscas esas vueltas. Pero como la tengo... ¡Ya verás!...

MAGD. — Sí; ya veré; pero empecemos siquiera ha-

ciendo las cosas bien. Una chica campesina y pobre, no es propio que lleve vestidos como ese que tienes puesto. Hasta te sería muy incómodo andar con él y con esos zapatitos entre los yuyos y pisando terrones. (*Llamando con un timbre*) ¡Josefa!

ESCENA QUINTA

Dichas y Josefa

JOSEFA. — (*Entrando*) ¿Qué manda la señora?

MAGD. — Atiende bien: a Isabelita ponle el traje de Petrilla, que le quedará bien... sobre todo, para andar por el campo... Y a Petrilla... búscale por el momento un trajecito de casa de Isabel, el que mejor le quede... Más adelante ya veremos.

CAROLINA. — (*A Petrilla*) ¿No te da pena separarte de mí y de tu padre?

PETRILLA. — (*Afligida*) Sí, mamita; me da mucha pena... pero os veré a cada momento. Como las ricas pueden viajar y hacer visitas...

MAGD. — Cuando han cumplido todas sus obligaciones; no lo olvides. (*A Josefa*) Ande; haga lo que le he dicho.

JOSEFA. — Está bien, señora (*Sale con las niñas*).

ESCENA SEXTA

Magdalena y Carolina

CAROLINA. — ¡Ay, señora! No estoy tranquila. Ahora me doy cuenta de que Petrilla puede tomar en serio el cambio de vida y olvidarse de sus

padres por las galas. Además, el desengaño, ya hecha su ilusión, va a ser muy duro.

MAGD. — No te inquietes; nada de eso va a pasar. Yo te aseguro que antes de una hora, una y otra se han curado de su manía. Por lo demás, Petrilla es una niña buena y quiere a sus padres lo suficiente para no conformarse con vivir lejos de ellos por muchas galas que le ofrezcan en cambio. ¡Ya verás! Pero calla, que ahí viene.

ESCENA SEPTIMA

Dichas, Petrilla y Josefa

PETRILLA. — (*Vestida elegantemente, muestra con sus movimientos que se siente algo molesta.*) Mirá, mamá, ¡qué linda estoy! ¡Lástima que me tira un poco por aquí... y que con este traje ni podré jugar ni sentarme siquiera, para que no se arrugue! Si pudiera...

MAGD. — Es natural; las niñas ricas no deben jugar a cosas bruscas, porque, ante todo, es necesario cuidar que no se descompongan los vestidos. Pero puedes ponerte a estudiar, que ya es hora; antes, sin embargo, ve a merendar. Josefa te servirá. (*Hace una seña a Josefa que toma a Petrilla de la mano y sale con ella.*)

ESCENA OCTAVA

Magdalena y Carolina, luego Isabel

MAGD. — Sólo ha empezado a conocer lo ventajoso de la riqueza y, ya lo ves, parece que no está tan cómoda dentro de su traje lindo como en el

que ha llevado siempre. Hasta es muy posible que pronto empiece a pensar que ni siquiera es tan lindo.

ISABEL. — (*Vestida con el traje de Petrilla*) ¡Mamita, mamita, mira qué linda estoy con este traje! Lo malo que tiene es que el género es tan duro que raspa; pero esto se podrá remediar haciéndolo con telas más finas.

CAROLINA. — ¡Ay, hija! Siento decirte que debes esperar todo lo contrario. Ese es el traje de salir... de fiesta, de Petrilla. Los que usa para diario son de géneros más ordinarios, como es natural; pero ya te acostumbrarás; lo que ha de costarte algo más de trabajo es el calzado, pues allá deberás ir con zuecos o descalza.

ISABEL. — ¡Ah, no! Yo me llevaré todo lo necesario para que no me falte ni ropa ni calzado a mi gusto.

MAGD. — Y, ¿de dónde sacas que las niñas pobres puedan llevar camisas de batista ni zapatitos de tafilete? Si quieres ser niña pobre, debes serlo de veras.

CAROLINA. — Que lleve lo que guste, señora. Ahora, que con esos zapatitos no va a andar mucho por allí, porque pronto se le echarán a perder y yo no le voy a comprar otros; sin contar con que para andar sobre terrones y piedras va a estar más incómoda que con zuecos o zapatos de becerro duro. Por lo que hace a los trajes, se le ensuciarán y romperán muy fácilmente; pero el trabajo no es tanto que si se da un poco de maña, no le quede tiempo para lavárselos y cosérselos.

ISABEL. — ¡Pero allá habrá lavandera!

CAROLINA. — ¡Muchas! ¡Todas las mujeres lo somos! Como tú aún eres chica, sólo lavarás tu ropa; pero más tarde me quitarás ese traba-

jo, porque yo tengo tanto que hacer... Pero ya te irás enterando. Ahora ya es tarde y debemos irnos; ve a la cocina, agarra el envoltorio de las ropas que nos ha dado tu mamá y arréglatele como te sea más cómodo para llevarle hasta el Paseo Colón, en donde nos espera mi marido con el carro.

ISABEL. — ¡Pero Vd. piensa que yo voy a cargar con ese bulto y a salir con él por la calle!...

MAGD. — ¿Y quién ha de hacerlo si tú no?

CAROLINA. — ¡Bah! Eso no es nada. Así empezarán a acostumbrarte. Mucho más pesan los haces de leña que has de traer del monte; y los de pasto que has de cortar y hacer para llevar a la vaca.... y no te digo nada del cántaro de agua que hay que llenar en el arroyo, que pasa a seis cuadras de la casa... ¡pero te vas a poner más colorada y más fuerte!... Con que... anda, anda. Arregla aquello en un momento, ven a despedirte de la señora... y vamos andando.

MAGD. — Casi más vale que nos despidamos ahora mismo. Adiós, hijita, que seas muy feliz.

ISABEL. — ¿Y te quedas tan tranquila viendo que me voy?

MAGD. — No sólo tranquila, sino contenta. Tú me has dicho que eres desgraciadísima, y ahora vas a disfrutar tu soñada felicidad. Te querría muy poco si me afligiera por eso.

ISABEL. — *(Súbitamente se echa en brazos de su mamá)*
¡Mamá, mamita querida! ¡Yo no quiero irme!
¡Yo estaba tonta de capirote cuando dije que quería ser pobre y que era desgraciada! Perdóname, mamita, y no me separes de ti.

MAGD. — Yo no quiero separarte de mí; pero tú debes tener presente que si quieres seguir siendo mi hija querida, debes educarte e instruirte

de acuerdo con la vida que has de hacer, cultivar tu inteligencia y aprender cuanto debes saber.

ISABEL. — Sí, mamita; comprendo que debo estudiar, y te prometo que lo haré; y que rezaré todos los días por las niñas y los niños pobres, que son los verdaderos desgraciados. ¡Pobrecitos! ¡Tener que hacer todo eso!...

CAROLINA. — No creas que son desgraciados; lo serán los que llegan a un extremo de pobreza tal, que no tienen materialmente lo indispensable para vivir; pero eso no sucede sino por muy rara excepción, cuando hay incapacidad para el trabajo, por falta de salud, o cuando se tiene mala voluntad para el trabajo; que es una enfermedad tan mala como las peores. Pero quien trabaja con ganas y no tiene aspiraciones locas, nunca es desgraciado, habiendo salud.

ISABEL. — Y Petrilla, ¿se quedará aquí conmigo? Me gustaría mucho; y ella sería tan dichosa...

MAGD. — ¿Estás segura de que lo sería?

ISABEL. — ¿Quién puede dudarlo?

MAGD. — Yo lo dudo.

CAROLINA. — ¡Dios la oiga, señora!

ESCENA NOVENA

Dichas y Petrilla

PETRILLA. — (*A Magd.*) Hágame que me devuelvan mi vestido, porque me voy con mi mamá.

MAGD. — ¿Cómo? ¿Te has vuelto loca? ¿Vas a renunciar a ser niña rica? ¡No puedo consentirlo!

PETRILLA. — Es que esto no es ser niña rica.

MAGD. — ¿Qué entiendes tú por niña rica y qué te falta para serlo?

PETRILLA. — ¡Me falta todo! Porque una niña rica... una niña rica... es... es... una niña que puede hacer todo lo que quiere... ¡eso es! y correr y saltar y reírse y jugar con los perros, y revolcarse por el suelo y mandar a los criados y no que los criados la manden a ella, y... y... y...

MAGD. — Y convertirse en una salvaje, ¿verdad? Vamos, cuenta qué te ha pasado para haberte enojado así.

PETRILLA. — Voy a merendar, y esa señorita inglesa que parece un palo, ni me deja comer a mi gusto ni las cosas que me gustan; ni puedo hablar sin que me corrija que una niña distinguida debe decir de tal modo o de tal otro; acaba el tormento de la merienda y me dicen que puedo salir a jugar al jardín. ¡Qué más quería yo! ¡En la gloria! Veo un perro, me pongo a jugar con él y al momento la señorita estaca viene corriendo a decirme que es muy feo andar sobando animales y revolcándose con ellos por el suelo; me voy a subir a un árbol, y tampoco le gusta a esa señora, que me hace bajar... ¡Yo no sé, entonces, qué pueden hacer las niñas ricas! Pues luego quiere que aprenda unas cosas que no entiendo ni me importan y que me esté callada y quieta como una muerta mientras ella dice no sé qué hablando en difícil. ¡No! Yo no quiero estar esclava; quiero trabajar en el campo, y cargar leña y buscar agua y cuidar animales y revolcarme con ellos si me gusta; pero que no me tenga que pasar la vida pensando si se me ensucian los zapatos o se me arruga o rompe el vestido; ni aprendiendo cosas que no me entran en la cabeza; ni vivir encerrada

sin correr a campo libre! Sobre todo; yo no quiero vivir sin mi mamita querida.

CAROLINA. — ¡Ni yo podría vivir sin ti, hija mía!

MAGD. — ¿De manera que ya no tienes envidia a las niñas ricas?

PETRILLA. — ¡Ay, no señora! No son más felices que yo.

MAGD. — No lo olvidéis nunca; la felicidad no consiste en ser rica o pobre, sino en ser bueno y conformarse con lo que se tiene.

FIN

LA FE NO SE VENDE

COMEDIA PARA NIÑAS

PERSONAJES

PETRONA	Viuda, señora decente que ha venido a menos.
FELISA	Su hija mayor.
JUANA	Hermana menor de Felisa.
DOÑA TERESA	Vieja marrullera, de baja condición.
SEÑORA DE VELASCO..	Damas distinguidísimas; de modales sencillos y muy finos.
SEÑORA DE PEÑA	

La escena representa una pieza en una casa de vecindad, con puerta al foro, que comunica con el exterior.

En el fondo, a la izquierda, una cortina oculta unas camas; a la derecha, también en el fondo, se ve una cocinita y unas tablas, a modo de bazares en la pared, con platos, tazas, etc.

En primer término a la derecha, una cómoda y sobre ella, en la pared, una imagen de la Virgen; casi en el centro de la escena, pero también en primer término, una mesita de pino, con retazos de tela; algunas sillas, etc.

LA FE NO SE VENDE

ESCENA PRIMERA

JUANA y FELISA

FELISA. — *(Está sentada en una sillita baja, a la derecha, primer término y a su lado hay una mesa de pino, sobre la que se ven algunos trozos de trapos. Está la niña cosiendo un pedazo de cretona floreada y canta:)*

“La tierra tiene sus peces
y la mar tiene sus flores
y las flores sus escamas
y los peces sus perfumes...”.

JUANA. — *(En el rincón derecho del fondo, trata con una pantalla de avivar unas brasas que se supone hay en una pequeña cocina. Al oír el canto de su hermana, se levanta enojada y se dirige a ésta).*

¡Y las coplas de las pavas
tienen la gracia a montones!...

FELISA. — *(Riendo)* ¿Qué? ¿No te gustan mis coplas?
Enséñame otras mejores.

JUANA. — Lo que te voy a enseñar
van a ser otras canciones.
Desde ayer no hemos comido;
yo estoy echando los bofes
por si consigo encender
estos benditos carbones
para, si madre trae algo,

hacer un caldito al trote,
y mientras una está así,
tú a cantar coplas te pones....
¡y siquiera fuesen coplas!...
Son las zonceras más torpes
que se ha oído en este mundo.

FELISA. — *(Con calma)* Bueno, mujer, no te enojés.

Ahora me pondré a llorar
a rabiarse y a pegar voces
y verás cómo se pasan
todas nuestras desazones.
¡A mal tiempo, buena cara!
¡y que no vengan peores!

JUANA. — ¡Ahora, ven con tus refranes!
¡No sé cómo no te pones
más gorda que un hipopótamo!....

FELISA. — ¡Ay, Juana! Cosas peores
podrían pasarme. ¡Vaya!
Si yo me hiciese una mole,
tú, tocando el organillo.....

JUANA. — ¡Calla ya y no me sofoques!

ESCENA SEGUNDA

Dichas y Petrona

PETRONA. — *(Entra y se deja caer, cansada y afligida,
sobre una silla)*

¡Nada, hijitas mías, nada!
Toda la mañana andando
y no he podido encontrar
cómo ganar un centavo.
He recorrido cien tiendas....
y en todas.... ¡que no hay trabajo!

He visto a un mundo de gente
por si me daban fiado
para poner un puchero...
y tuve igual resultado...
¡Yo ya no sé lo que hacer!...

JUANA. — ¡Esto es para darse al diablo!...

FELISA. — ¡Busquemos con más ahinco!...

PETRONA. — Pero, ¿crees que no he buscado
hasta donde no debía?
Pues mira lo que he sacado.
Ya sabes que la encargada
nos tiene notificado
que el sábado — y hoy es jueves—
como no hayamos pagado
el alquiler de la pieza,
si por buenas no nos vamos,
el oficial de justicia
tiene orden ya del juzgado
de ponernos en la calle
todos nuestros pobres trastos.

FELISA. — ¡Pidamos a Dios con fe!

JUANA. — ¡Qué pedir ni qué ocho cuartos!
¡Para atender a los pobres
está Dios siempre ocupado!

PETRONA. — ¡Ay, hija, tienes razón!
¡Tantas veces le he rogado
que he llegado a sospechar
que es como pedir al gato!

FELISA. — ¡Madre, no diga blasfemias!
Aún no podemos quejarnos.

JUANA. — ¡Nos pondremos a bailar!
¡Atiendan la come-santos!
¡Estamos rabiando de hambre,
no conseguimos trabajo
nos van a echar de la casa
y aún no podemos quejarnos!
¿Qué más debemos pasar?

FELISA. — ¡Tanto podría pasaros!...

Tenemos buena salud,
 buenos ojos, buenas manos,
 fuerzas para trabajar
 y buscando sin descanso
 es tontería pensar
 que no hemos de encontrar algo.
 En la escuela del domingo
 mi señorita ha quedado
 en buscar para mamá
 algún empleo adecuado;
 pero aun cuando no consiga
 en esa forma ayudarnos
 no debemos desmayar,
 sino orar, dándole al mazo.
 Juana y yo, seguramente
 podemos hallar conchavo
 como sirvientes...

JUANA. — ¡Mil gracias!

No me gusta lavar platos.

FELISA. — Pues ponte de presidenta
 de la República...

JUANA. — ¡Trasto!

PETRONA. — ¡Ay, hijas! Sólo nos falta
 que os pongáis a pelearos...

FELISA. — No peharemos, madre,
 que yo he resuelto evitarlo

JUANA. — ¡Miren la santa bendita...
 la mártir!... ¡So mamarracho!...

FELISA. — (*Con calma*) Cuando acabes tus piropos
 seguiremos conversando.

JUANA. — (*Cada vez más irritada*) Ríete; pero te juro
 que pronto saldrás llorando.

PETRONA. — ¡Basta ya!

FELISA. — (*A Juana*). Yo no me río.
 Cálmate y a lo que estamos.

ESCENA TERCERA

Dichas y Doña Teresa

DOÑA TERESA. — (*Entrando*) ¡Buenos días! ¡Con permiso!

PETRONA. — Pase adelante, Teresa.

D. TERESA. — Por lo que veo, las chicas andan por irse a la greña.

PETRONA. — No; lo que pasa es que estamos pasando la pena negra y al discutir cómo haremos para sacudir la *yetta*, como está el vientre vacío salen las palabras secas. Ayer tomamos un mate y un poquito de galleta y pare Vd. de contar.... Nos arrojan de la pieza, no tenemos dónde ir, ni trabajo... ¡ni paciencia! ¡Que estoy harta de sufrir y ya pierdo la cabeza!

D. TERESA. — ¡Ay, mi querida Petrona! ¡Aquí de la Providencia! Veo que he venido a punto para remediar sus penas.

PETRONA. — ¿Vd. me puede ayudar?

D. TERESA. — Puedo darles la manera para que hoy mismo, las tres, sin esfuerzo y con decencia, puedan ganarse un jornal para vivir como reinas. Yo andaba también muy mal sin nadie que pan me diera y desde hace mes y medio

estoy mejor que quisiera.
 Vinieron esos ingleses
 que andan dando conferencias
 y dan trabajo a los pobres
 y enseñan cosas muy buenas.
 Yo reparto lindos libros.....

FELISA. — ¡Para el diablo que los lea!...

PETRONA. — ¡Pero chica!

D. TERESA. — ¡Libros Santos!

FELISA. — ¡Sí, santos para Pateta!

PETRONA. — Pero tú, ¿qué sabes?

FELISA. — Madre.

He aprendido en la escuela
 adonde voy los domingos
 lo que esa gente desea.
 Vienen so capa de santos
 a combatir a la Iglesia
 y arrebatarlos la fe...

D. TERESA. — Estás diciendo simplezas:
 precisamente los libros
 que reparten, son la prueba
 de que son muy religiosos:
 Son la Biblia Santa

FELISA. — Ve,

Cómo saben engañar
 a las pobres gentes crédulas.
 Reparten la Biblia, sí;
 pero no la Biblia nuestra.
 Es la Biblia protestante.

D. TERESA. — ¿Quieres callarte, chicuela?
 Son protestantes, es cierto
 pero son gente muy buena
 que te tratarán muy bien
 y tienen buena moneda.

JUANA. — ¡Madre; vamos ahora mismo!

FELISA. — ¡Madre; por lo que más quiera!
 ¡Antes de vender su fe
 pregúntele a su conciencia!

PETRONA. — Y, ¿hemos de morirnos de hambre por ser fieles a la Iglesia cuando ésta no nos ayuda y consumirnos nos deja?

FELISA. — Usted siempre fué cristiana y su madre también lo era; no venda su salvación por un plato de lentejas.

JUANA. — Vamos, madre.

D. TERESA. — ¿Vamos?

PETRONA. — *(Resuelta, después de un rato de indecisión)* ¡Vamos!

FELISA. — ¡Virgen santa, no consientas tal maldad, porque mi madre siempre fué cristiana y buena!

ESCENA CUARTA

Felisa, sola

(Está rezando un rato de rodillas, delante de la imagen que hay, sobre la cómoda y luego se levanta, toma la labor que estaba cosiendo al comenzar la obra y se sienta con aire alegre).

Un ratito de oración
y ya me siento tranquila.
¡Tengo tanta confianza
en esa imagen bendita!...
Cuanto la pedí... hasta hoy,
me lo ha otorgado en seguida...
¡Y hoy he pedido una cosa
tan justa!... ¡Madre querida!
Pedí que no te apartases
de la religión divina;

que no te arrastre la angustia
 a tan gran apostasía;
 y que, pues siempre nos diste
 buenos ejemplos en vida
 y fuiste resuelta y fuerte,
 no te declares vencida
 cuando de salvar tu alma
 se trata, mi madrecita. *(Se pone a cantar una
 canción cualquiera, mientras cose).*

ESCENA QUINTA

Felisa, Petrona y Juana

(Petrona y Juana entran con aire pensativo y cabizbajas).

PETRONA. — *(Como hablando consigo misma).*

La verdad es que quisiera
 decidirme sin recelo
 porque el puesto que me ofrecen
 casi me parece un sueño;
 pero una voz interior
 me dice que yo no puedo
 abjurar de las creencias
 que, por mi fortuna, aún tengo.

FELISA. — *(Al mirarla, se da cuenta de su lucha interior
 y le dice cariñosamente).*

Mamita, estoy muy alegre.
 Mire; ya estoy concluyendo
 la cortina de retazos
 de cretona que me dieron.
 Así podremos tapar
 aquel rincón, que tan feo... *(Señala hacia la
 cocina).*

PETRONA. — Felisa ¡qué buena eres!... *(Se lanza a ella
 y la abraza).*

FELISA. — ¿De modo... que su paseo?....

PETRONA. — Sí, mi hija; tienes razón
¡Yo no puedo aceptar eso!
Dos señores muy amables
muy finos y muy atentos,
siempre con suaves palabras
y modos caballerescos,
un cargo muy bien pagado
al instante me ofrecieron.
Las casas de mis amigos
debería ir recorriendo
y, como quien nada quiere,
propagar un nuevo credo
de que me han impuesto al punto
y que consiste, en concreto,
en hacer la guerra a muerte
a la religión y al clero,
renegar de nuestra fe
de Cristo y los Sacramentos,
y recomendar, en cambio,
las doctrinas de Lutero.
En fin, debo hacer traición
a la fe de mis abuelos;
y hasta a vosotras, mis hijas,
lanzar el abismo negro
forzándoos a profesar
esos dogmas.... ¡No, no puedo!

FELISA. — ¡Mil gracias, Virgen Santísima!
¡has escuchado mi ruego!

PETRONA. — En un momento de angustia
llegué a olvidarme del cielo
y a proferir expresiones
de que ahora me avergüenzo.
Mas cuando llegué a escuchar
a aquellos dos fariseos
que con términos melosos
y los más suaves conceptos
me proponían firmar

un pacto con el Infierno,
 mi conciencia me gritó:
 ¡Perece antes de hacer eso!
 Sin embargo, aún vacilé;
 pero ahora que aquí me veo,
 comprendo que no podría,
 aunque lo quisiera, hacerlo.
(Volviéndose a la imagen)
 ¡Perdóname, Virgen santa
 si te ofendí en un momento
 de ofuscación y de pena,
 de locura y desaliento!...

FELISA. — *(A Juana, que ha permanecido con la cabeza inclinada, desde que entró)*

¿Y tú no nos dices nada?

JUANA. — Digo que apenas comprendo
 cómo pude pronunciar
 los infames sacrificios
 con que repliqué furiosa
 tus saludables consejos.
 Sí, sí; mi hermana querida,
 hoy mismo buscar debemos
 cualquier clase de trabajo
 con tal de que sea honesto.
 Pero di que me perdonas...

FELISA. — Te aseguro que no tengo
 nada por qué perdonarte.
 Por más que busque, no encuentro
 herida, ofensa, ni falta
 que nunca me hayas hecho.
 Pero, vamos ahora mismo
 y no perdamos más tiempo.

(Se disponen a salir, y en el momento se presentan en la puerta las señoras de Velasco y de la Peña).

ESCENA SEXTA

Dichas, Señora de Velasco y Señora de la Peña

SRA. DE VELASCO. — Felisa; a ti te buscamos.

FELISA. — Usted me manda, señora.

SRA. DE VELASCO. — Si ibas a salir, te pido
me otorgues un cuarto de hora.

La señora (*señalando a Petrona*) ¿es tu
mamá?

FELISA. — Sí.

PETRONA. — Su humilde servidora.

SRA. DE VELASCO. — (*Presentando*) Mi amiga Ana de la
[Peña

FELISA Y JUANA. — Para servirla.

PETRONA. — ¡Es mucha honra!

SRA. DE VELASCO. — (*A Petrona*) Soy maestra de Felisa
a la que Vd., en buena hora,
mandó a estudiar los domingos
por la tarde, en la parroquia.
Yo la quiero muy de veras
porque es buena y estudiosa,
y al saber su situación
la prometí muy gustosa
buscar a Vd. un empleo;
y a eso mismo vengo, ahora.
Mi amiga (*señalando a la de Peña*) le ofre-
[ce a Vd.

un puesto de celadora
en el asilo de huérfanos
de que es noble protectora.

PETRONA. — (*A la de Peña*) ¡Que la Virgen se lo pague!
¡Me da la vida, señora!

SRA. DE PEÑA. — Yo no; es Dios, que jamás
a los buenos abandona.

PETRONA. — ¡Y yo, que llegué a dudar!

SRA. DE PEÑA. — Ya ve que Dios la perdona.

SRA. DE VELASCO. — Y tú, Felisa querida,
ven, que algo también te toca.
Te nombro mi secretaria;
vedrás a casa un par de horas
cada día....

FELISA. — (*Llorando de alegría*) ¿Qué hice yo
para ser tan venturosa?

SRA. DE VELASCO. — Ser un perfecto modelo
digno de la mayor loa.
(*A Juana*) Tampoco de ti me olvido
mas no es tiempo aún que te pongas
a trabajar. Ten paciencia.
Que ya llegará tu hora.
Elige una profesión
que te guste, y sin demora
entrégate en cuerpo y alma
a aprenderla.

JUANA. — Sí, señora.

SRA. DE VELASCO. — Y una vez que sepas bien
trabajar en cualquier cosa
ven a verme y yo me encargo
de que no quedes ociosa.

JUANA. — ¡Mil gracias!

SRA. DE VELASCO. — No me des gracias,
pero aplícate. Y ahora
vámonos (*a la Sra. de Peña*) que en otra
parte nos esperan.

SRA. DE PEÑA. — Sí, (*Dirigiéndose a Petrona*) Petrona,
ruego a Vd. que me permita
que mientras posesión toma
del puesto que la he confiado
le anticipe alguna cosa
con que atienda a las urgencias
del momento. (*Le da un sobre con dinero*).

PETRONA. — ¡Que en la gloria
tenga Vd. su recompensa!

SRA. DE VELASCO. — ¡Bien, adiós!

SRA. DE PEÑA. — ¡Salud a todos! (*Salen*).

ESCENA SEPTIMA

Petrona, Felisa y Juana

PETRONA. — ¡A ti, sólo, a ti, Felisa
toda esta dicha debemos!

JUANA. — Perdóname, e imitarte
en todo yo te prometo.

FELISA. — Yo no hice más que cumplir
lo que Dios manda. Recemos
con fe, y nunca de su amor
por causa alguna dudemos.
Sobre todo, madre mía,
por mal que nos encontremos
jamás hagamos la infamia
de renegar del Eterno.

FIN

CORREO SIN ESTAMPILLA

COMEDIA PARA NIÑAS

Personajes

ANITA Niña de poca edad
DOÑA ANTONIA Vecina cuarentona
SEÑORA DE MENDEZ Dama elegante

Una sirvienta que no habla

La escena representa una pieza pobre en una casa de inquilinato. En el rincón derecho del foro, hay un biombo grande que con una cortina floreada, forma una especie de cuartito chico en el que se supone hay una cama con una enferma, que no se ven. En primer término izquierda, una mesa. Acá y allá, algunas sillas modestas y lo que se considere oportuno, según las dimensiones de la escena. En el fondo, una puerta practicable, que se supone da al patio de la casa.

CORREO SIN ESTAMPILLA

ESCENA PRIMERA

Anita, sola

(Está junto a la cortina y se supone que habla con su mamá).

Pero papá nunca viene
y ahora es menester que venga.

Yo no me puedo explicar
que todavía no sepa
que en casa estamos sin nada
y que tú te hallas enferma;
y si lo sabe y no viene...

(Como respondiendo a algo que le dijeron de detrás de las cortinas)

Pero una carta, siquiera...

(Lo mismo que antes)

¿Dices que ahora está en el cielo?

(Pausa) Sí, mamita, seré buena

y rezaré por papá.

(Vuelve a escuchar lo que se supone que la dicen)

Bueno, mamita, que duermas
muy bien, y que sanes pronto.

(Se separa de la cama y va a sentarse junto a la mesa)

¡Y Doña Antonia no llega!

Así que es casi seguro
que tendré que guardar dieta...

Pero ¡tengo tanta hambre!...
En fin, ¿qué he de hacer? ¡Paciencia!
(Bosteza y se hace varias cruces delante de la boca)

Mi papá, dice mamita,
está en el cielo, y muy cerca
de Jesús y de la Virgen....

y por nosotras les ruega.
Yo creo que se ha olvidado;
es posible que no sepa
que nos hallamos tan mal...

¡Si yo escribirle pudiera!...
Diciéndole lo que pasa,
tengo la plena certeza
que él hablaría a la Virgen;
y esa señora tan buena
nos mandaría un socorro...

¡Eso es! ¡A escribir, ea!
(Toma un pliego de papel y escribe. Una vez terminada la carta, la cierra, se levanta y queda un momento pensativa).

Y ahora, ¿cómo debo hacer? *(Pausa).*

Espero que mamá duerma,
y hasta el buzón de la esquina
me llego en una carrera.

Pero, ¿llegará la carta?

¡Ay, Virgen, que no se pierda!

(Se acerca a la cama, levanta un poco la cortina y mira).

¡Dormida como una santa!

Y yo a estar pronto de vuelta *(Sale).*

ESCENA SEGUNDA

La señora Antonia con una cestita que coloca en la mesa.

¿Dónde andará esta chiquilla?
Estas chicas son el diablo;
teniendo a su madre enferma
deja todo abandonado. (*Se acerca a la cama despacito y levanta un poco la cortina*).
La pobre duerme tranquila.
¡Bien! me quedaré al cuidado
mientras viene la pequeña.
¡Qué cosas pasan, Dios santo,
en este bendito mundo!
Una familia de santos,
como era esta pobre gente;
se viene de golpe abajo.
Vivían tan ricamente
del fruto de su trabajo
pero, de pronto, el marido
cae enfermo de cuidado.
Y venga gastar en drogas
y en médicos, más de un año,
vendiendo hasta la camisa
hasta quedar sin un trapo.
Al fin el pobre se muere
¡Qué Dios le tenga a su lado!
Y queda esa pobre viuda
sin un mísero centavo
y con esa hijita chica
que hasta para hallar trabajo
es una dificultad.
Y ahora cae enferma. El diablo
no ha querido perdonarles
que nunca le hicieran caso.
A mí me dan mucha lástima

y mientras pueda, un pedazo
de pan y cualquier cosilla
les traeré con mucho agrado;
pero es el caso que yo
ni para mí sola gano.

ESCENA TERCERA

La señora Antonia y Anita

ANITA. — *(Entrando). (Hablando consigo misma).*

Yo creo que un señor cura
no me había de engañar.

SRA. ANT. — ¿De dónde vienes, muchacha?

Dejaste sola a mamá.

ANITA. — Como la vi dormidita
y no había de tardar
fui a echar una carta mía
que dirijo a mi papá.

SRA. ANT. — Pero, ¿estás loca? Querida;

tu padre en el cielo está,
y allí no llegan las cartas.

ANITA. — La mía debe llegar.
Iba a echarla en el buzón
y había llegado ya
cuando pensé que, tal vez,
se pudiera así extraviar.
Me entró una pena muy grande;
no sabía qué hacer ya,
cuando vi venir un cura
y pensé: Este lo sabrá.
Le besé la mano y luego
le pedí por caridad
me dijese dónde y cómo

debía mi carta echar,
para que llegara al cielo.
El me empezó a preguntar
y yo le dije que estaba
solita con mi mamá
y mamá estaba malita
y sin poder trabajar.
Entonces me dijo: Dame
la carta para papá,
porque el buzón para el cielo
tan sólo en la Iglesia está.
Vuelve tú, corriendo a casa
a tu mamita a cuidar
y ruega a la Virgen Santa
que la haga pronto sanar,
Y se me llevó la carta
diciendo que llegará.

SRA. ANT. — (*Aparte*) ¡Y que esta criaturita
tan buena, desde esta edad,
tenga que pasar miserias!
(*Alto*) Bueno, Anita, ven acá
te traje un poco de carne
y un pedacito de pan;
cómelo, que falta te hace.

ANITA. — Se lo guardaré a mamá.

SRA. ANT. — No; para ella traje caldo,
que es lo que podrá tomar.

(*Anita se dispone a sacar lo que hay en la
cesta, pero se detiene al ver entrar a la
señora de Méndez*).

ESCENA CUARTA

Dichas y Señora Méndez

(Tras la señora Méndez entra una sirvienta con una gran cesta, que pone sobre la mesa, y en seguida se retira).

SEÑORA MÉNDEZ. — ¿Vive aquí la niña Anita?

ANITA. — Yo soy.

SRA. ANT. — Pase Vd., señora.

SEÑORA MÉNDEZ. — Traigo una misión muy grata,
que voy a cumplir gozosa.

Tu papá, que está en el cielo,

recibió hace media hora

una cartita muy linda

de una niña bondadosa;

a la Santísima Virgen

la mostró, y nuestra Señora

dispuso ayudarte al punto;

y a mí me ha cabido la honra

de traerte el primer auxilio.

Aquí tienes, por ahora *(Señalando la gran
cesta)*

jamón, arroz, chocolate

azúcar y otras mil cosas

para diez o doce días.

Luego recibirás ropa

y una gallina diaria

para que a mamita pongas

un puchero, para el caldo.

(a la señora Antonia) Es usted, sin duda,
[Antonia.

SRA. ANTONIA. — Para servirle.

SRA. MÉNDEZ. — Ya sé.

que es Vd. tan generosa

que sufriendo privaciones

ha acudido presurosa
a consolar a estas tristes
quitándose de la boca
la mitad de su alimento.

SRA. ANT. — Yo no he hecho nada, señora.

SRA. MÉNDEZ. — Lo que ha hecho, lo sabe Dios.

Pero complete su obra:
hasta que sane la enferma
sea Vd. su cuidadora
y atienda como una madre
a Anita; y dígame ahora
¿cómo se encuentra la enferma?

SRA. ANT. — Tiene fiebre y habla sola.
Ahora hace un rato que duerme.

SRA. MÉNDEZ. — Que descanse.

SRA. ANT. — Sí; y que coma.
Porque yo conozco el mal
que de ese modo la postra;
que es la carencia de todo
menos disgustos....

SRA. MÉNDEZ. — Antonia;
Dentro de un rato vendrá
mi médico; Vd. de sobra
sabe que las medicinas
cuestan caras y no es cosa
de que se quede sin ellas;
tome, Vd., pues. (*Le da unos billetes*).

SRA. ANTONIA. — ¡Ay, señora!
Sin duda se ha equivocado.
Me da mucho.

SRA. MÉNDEZ. — No sea tonta.
Gaste lo que necesite
y no sea melindrosa.
Después que todo esto pase
la nombraré celadora
del Asilo que sostengo.
Con que, a Dios....

SRA. ANT. — ¡Que él en la Gloria

se lo pague!

ANITA. — ¡Dios la oiga
y la colme de ventura
a mi santa bienhechora!

SRA. MÉNDEZ. — Callen, callen, porque a mí
nada me deben hasta ahora.
A mí me manda la Virgen
a modo de mediadora.
(A Anita) Y tú, niñita querida
consérvate virtuosa,
ten confianza en el Cielo
que ya ves que no abandona
a quien le pide con fe;
reza a la Virgen Gloriosa
y vivirás siempre alegre,
y serás siempre dichosa.

FIN

SANTO REMEDIO

COMEDIA PARA NIÑOS
DE AMBOS SEXOS

PERSONAJES

PEDRO	Obrero joven, acomodado
MINGUILLA	Su esposa
MANUELA	Madre de Minguilla
SEÑORA ROSA ...	Anciana respetable

La escena representa una salita en casa de gentes trabajadoras acomodadas, en un pueblecillo cercano a la Capital. Una puerta al fondo y en el último término de la izquierda, una ventana; otras puertas laterales; una que se supone comunica con la cocina, por la que entran y salen Manuela y Minguilla, cuando dan de comer a Pedro. Enfrente, la que sirve para esconderse la señora Rosa. Una mesa, sillas, un aparador, etc. En un rincón una vara para sacudir ropa.

SANTO REMEDIO

ESCENA PRIMERA

Manuela y Minguilla; después Pedro

MANUELA. — ¡Minguilla! ¡Minguilla! ¿Dónde te metes?

MINGUILLA. — (*Sale por una puerta lateral*). Aquí estoy, madre; ¿qué se le ofrece?

MANUELA. — ¿Pusiste ya la sopa? Mira que ya es hora de que venga Pedro.

MING. — Ya la pondré; pero déjeme que antes acabe la pollera, que importa más que la sopa.

MANUELA. — La pollera puede esperar, y la comida no.

MING. — ¡Ajá! ¡Que espere la sopa! ¡No faltaría más!

PEDRO. — (*Entrando*). Buenos días, Minguilla; buenos días, señora.

LAS DOS. — Buenos te los dé Dios.

PEDRO. — Hoy vengo contento; he trabajado como un animal, pero he dejado casi concluído el trabajo que me encargó el Doctor. (*A Minguilla, en tono juguetón*). ¡Ay, Minguilla! No sabes tú lo que vale este marido que te ha caído en suerte. Como el trabajo no falte—y a mí no me ha de faltar nunca, porque la gente ya se ha dado cuenta de cómo hago las cosas—pronto vas a arrastrar polleras de seda y a salir a paseo en un auto más grande que esta casa!

MING. — Puede ser que quisieras que yo me pusiera pollera larga, para ir como un adefesio haciendo reír a la gente; y por lo que hace al auto, ahora se usan chatitos, que apenas

se pueda entrar... Pero aguarda sentado, por un si acaso se tarda ese platal.

PEDRO. — El tiempo ha de decir. Y ahora, venga esa comida, que tengo hambre y tengo prisa...

MING. — ¡Pues la comida no está, de manera que aguardarás si quieres; y si no, te irás sin comer, que esto no es un *restaurán* para tener la comida a punto justo, cuando la pida el cliente! ¿Qué te has creído?

PEDRO. — Escucha, Minguilla. Cien veces te he dicho que no me respondas mal cuando yo te hablo en buenos términos, ¿cuándo me harás caso? ¿No comprendes que de ese modo aunque yo fuera un santo—y no lo soy—no podría menos de acalorarme y replicarte del mismo modo? ¿Es que quieres que nunca vivamos en paz? ¡Pues tú has de perder más que yo...! Además; sabes que yo necesito tener la comida pronta; no tienes que atender otra cosa por las mañanas, porque tu madre se encarga de los otros quehaceres y, sin embargo, todos los días tenemos la misma canción.

MING. — (*Furiosa*). ¡Que yo voy a perder más! ¡Que yo voy a perder más! ¡Sinvergonzón! ¡Guarangote! ¡Conventillero!

PEDRO. — (*A Manuela*). Pero ¿usted la oye? ¡Hágale Vd. callar, porque a mí se me está acabando la paciencia... y no quiero!...

MANUELA. — ¡Que la haga callar! ¡Imbécil, muerto de hambre! ¿Quién te crees tú que es mi hija, para que tenga que callarse?

MING. — (*Gritando*). ¿Lo ves? ¿Lo ves madre? ¿Qué clase de hombre ha resultado mi marido? ¡Eso es un animal! ¡Un guarango!

PEDRO. — ¡Minguilla! ¡No me hagas perder la poca paciencia que me queda...! ¡Hoy venía alegre... y ahora!

LAS DOS. — Y ¿qué vas a hacer? ¡Calzonazos! ¡Mulita! ¡Estúpido! ¿Qué vas a hacer? (*Cada una le grita y le zamarrea por su lado*).

PEDRO. — ¡Esto se acabó! (*Agarra una vara que había junto a la mesa y pega dos o tres varazos a cada una*).

LAS DOS. — (*Gritando*). ¡Salvaje! ¡Asesino! ¡Que nos mata! ¡Socorro, que nos mata! ¡Asesino!

PEDRO. — ¡Ya se salieron con la suya! ¡Esto no es vida y hay que concluir de una vez! (*Tira la vara y sale*).

ESCENA SEGUNDA

Manuela y Minguilla

MING. — Pero ¿has visto qué salvaje? Yo no quiero seguir viviendo con él más tiempo.

MANUELA. — Sí que es bruto; pero ¿qué es lo que vas a hacerte si te separas? ¿A dónde vas a ir?

MING. — ¡Yo qué sé dónde voy a ir! Lo que yo sé es que no aguanto más. ¡O se hace como la gente ese bárbaro, o yo no vivo más con él!

MANUELA. — Mi hijita; esas cosas se dicen muy pronto...

MING. — ¿Querrá Vd. que yo me someta a que me insulte y me pegue ese animal, ese sinvergonzón, ese...?

ESCENA TERCERA

Dichas y la señora Rosa

SRA. ROSA. — ¡Ave María Purísima! (*Desde la puerta*).

MANUELA y MING. — Sin pecado concebida.

SRA. ROSA. — (*Entrando*). ¿Llego en momento inoportuno?

MANUELA. — ¡Al contrario! ¡Viene como enviada por Dios!

SRA. ROSA. — ¿Tendré la suerte de poderles ser útil?

MANUELA. — ¡Ay, sí, señora! Es Vd. tal vez, la única persona que puede sacarnos de la angustia en que nos encontramos.

SRA. ROSA. — ¡Quiéralo Dios! ¿Qué les pasa? Digan, digan.

MING. — (*Atropellándose*). ¡Pues, nada; que yo no quiero vivir más con ese hombre! ¡ea!

SRA. ROSA. (*Con mucha tranquilidad*). ¿Con qué hombre?

MING. — ¿Con cuál ha de ser, sino con Pedro, mi marido?

SRA. ROSA. — Y ¿por qué no quieres vivir con él, cuando apenas hace un año que te casaste?

MING. — Porque es un asesino y un bandido y un bruto y un atorrante y un...

SRA. ROSA. — ¡Ave María Purísima! ¡Quién lo pensara! Pues, mira; de cien personas del pueblo a quien se lo digas, si te lo cree más de una podrás darte por contenta... ¡Lo que es la hipocresía!... ¿Verdad?

MING. — ¡Así es! ¡Para el que no le conozca!...

SRA. ROSA. — Porque aquí todos le creíamos muy trabajador y muy inteligente para el trabajo.

MANUELA. — Eso, sí; lo es.

MING. — Sí, eso sí... pero en cambio...

SRA. ROSA. — Y todos le teníamos por un mozo muy formal, que ni por equivocación entra en el almacén un día...

MANUELA. — También eso es verdad.

MING. — De eso no digo nada; pero...

SRA. ROSA. — Y que para él no hay más diversión que del trabajo a su casa y de su casa al trabajo, y que si alguna vez se le va un poco la mano en el gasto, es para arreglar su casa y teneros a vosotras como nunca hubiérais soñado. Porque vuestra casa está puesta como pocas del pueblo, y si cuando te casaste con Pedro, tú

no tenías dónde caerte muerta y te habías pasado más de un día con un pedazo de pan, ahora ni a tí ni a tu madre os falta nada.

MANUELA. — Tocante a eso, señora Rosa, no seré yo quien niegue que estamos muy bien; pero tampoco hemos sido nunca más tiradas a la calle...

MING. — Y al fin y al cabo no hace más de lo que debe si nos da lo que necesitamos. ¡Pues no faltaría más...!

SRA. ROSA. — Pues si es trabajador, y es formal, y es apegado a la casa y no os deja que os falte nada ni a tí ni a tu mamá, ¿qué es lo que tiene ese mozo para que le llames asesino y bandido y atorrante, y te quieras separar de él?

MING. — ¿Que qué tiene...? ¿Que qué tiene? ¡Pues tiene que es un bruto; que tiene un carácter de fiera; que por la cosa más pequeña nos dice las mil indignidades y que hoy, sin que se le diera el menor motivo, ha llegado a lo que nunca hubiera creído. ¡Ahí la tiene Vd! (*Va al rincón en que tiró la vara Pedro al salir y la recoge*). ¡Con esta misma vara de sacudir la ropa, a mi madre y a mí nos ha pegado hasta cansarse! ¡Ahora, dígame Vd. si no tengo razón de sobra!...

SRA. ROSA. — ¡Claro que la tienes! Pero como aquí no se trata de saber quién tiene razón, sino de ver la manera de poner fin a esas cosas tan desagradables... Vamos a ver... vamos a ver... Naturalmente; ustedes, cuando él comienza a enojarse, no se quedarán calladas...

MANUELA. — ¡Eso es! ¡Nos íbamos a dejar zarandear por ese bruto!

MING. — ¡Ah! ¡No faltaría más! ¡Pues no se reiría poco

ese animal grosero! Antes que él empiece a despotricar, yo ya le he dicho todo lo que me viene a la boca; a gritos y con brutalidades, no es él el que me va a hacer callar.

SRA. ROSA. — Sí, sí; es natural. En estos casos lo que conviene, ante todo, es no dejarse dominar: y a grito, grito y medio, y a un insulto, dos...

MANUELA. — Por ese lado, esté tranquila, señora Rosa. Yo soy más buena que el pan; pero no voy a consentir que tomen a mi hija por un estropajo.

MING. — Ni yo me voy a dejar pisar por un chanco sinvergonzón, que no sabe ni saludar a la gente...

SRA. ROSA. — Quiere decir que aquí lo que se necesita es encontrar la manera de obligar a Pedro, que quiera o que no, a que ni os insulte ni grite ni os maltrate. Eso, sólo la Divina Providencia puede hacerlo, de modo que veremos si mi hijo tiene algún medio seguro y práctico...

MANUELA. — ¡Ay, señora; que Dios la oiga! Si el señor cura, su hijo, que es tan santo como sabio, quiere tomar el asunto por su cuenta, podemos dar por seguro que todo está arreglado.

MING. — Sí; dígame Vd. al señor cura, que le llame y le suelte cuatro frescas, y le haga entrar en vereda, por buenas o malas. *(La señora Rosa se dirige a la puerta, y ellas, una a cada lado la siguen sin parar de hablar).*

MANUELA. — Porque ya ve Vd. que fuera de eso del genial, por nosotras... como si nunca hubiera pasado nada. Aparte que la chica le quiere... y se lo aguantaría todo... menos eso, naturalmente...

MING. — Sí, señora; fuera de eso, yo le quiero... que por eso me casé con él. ¡Y podíamos vivir

tan felices...! ¡Pero como es peor que un potro...!

SRA. ROSA. — ¡Bien, bien! Ahora mismo vuelvo; cuestión de un par de minutos... (*Sale*).

ESCENA CUARTA

Manuela y Minguilla

MANUELA. — ¡Ah! Como el señor cura lo tome con empeño te digo que la tenemos ganada.

MING. — Sí; el señor cura mucho sabe y mucho puede... pero ¡es tan bruto y tan malo ese hombre que desconfío que pueda enderezarle!

MANUELA. — Yo no desconfío de eso; pero lo que estoy pensando hace un rato... y lo que empiezo a temer, es que el señor cura, que ya sabes cómo es de preguntón y de raro para estas cosas, no vaya a salir por la tecla de si nosotras tenemos más o menos culpa...

MING. — ¡Pues eso sería lo único que nos faltara! Que fueran a ponerle a él como un santo y nosotras resultáramos los demonios...

MANUELA. — No digo eso; pero pensando fríamente, hay que reconocer que...

MING. — Eso es; y hoy, precisamente, que ha llegado a pegarnos como si fuéramos mulas, diremos, si a Vd. le parece, que es un pobrecito mártir y que nosotras hemos pegado los palos.

MANUELA. — Si vamos a llevar todo a los extremos y no razonar con calma, es inútil hablar.

MING. — ¿A que va a resultar que yo no razono y que no tengo más paciencia que Job, y que soy la que busco las peloterías?

MANUELA. — Si recordamos bien... precisamente esta mañana...

MING. — ¡Virgen mía de los Dolores, ampárame! ¡De labios de mi madre había yo de oír que, precisamente esta mañana, cuando me han apaleado hasta no dejarme un hueso sano,— que Dios sabe lo que me vendrá, porque me duele mucho,—he sido yo la mala y la culpable, y la que ha dado los golpes...!

MANUELA. — ¡No te vayas por la calle de en medio; que a mí me pegó lo mismo que a tí, y puede ser que más fuerte! y la verdad es que ¡maldito si me acordaría de ello, como no fuese por la rabia que me dió! Pero recuerda que él venía bien contento y con más gana de reír que de armar bronca, y que cuando te dijo que quería que arrastrases cola de seda y que te iba a comprar un automóvil, tú ya te amoscaste y le contestaste de mala manera.

MING. — ¿Que yo le contesté de mala manera? ¡Y es Vd. quien lo dice...? ¡Pero si Vd. le gritó mucho más que yo, y fué quien le dijo las mil indignidades!

MANUELA. — Sí que le grité; pero fué cuando le ví ya hecho un demonio y diciéndote cosas que no me parecían bien... que si no, yo no me habría metido en nada... Pero, calla, que ahí viene la señora Rosa. ¡Si Dios quisiera...!

ESCENA QUINTA

Dichas y la señora Rosa

SRA. ROSA. — ¡Ay, hijas! ¡Estoy sin aliento! Pero la cosa vale la pena. Ya tenemos aquí el remedio infalible que va a poner término a las

violencias de Pedro y a las reyertas en esta casa. Mi hijo, a quien he contado todas vuestras penas, ha accedido a darme una botella de agua de la gruta de San Ponciano, que tiene la virtud de hacer imposibles las reyertas familiares. (*Les da una botella llena de agua*).

MANUELA. — ¡Si ya decía yo que su señor hijo es un santo que puede hacer milagros!

MINGUILLA. — ¿Qué quiere? Cuando yo lo vea...

SRA. ROSA. — Haces bien, hija; haces bien. Tocar y creer. Como santo Tomé. Pero en este caso la duda te va a durar poco. Y ahora a lo que importa. Para conseguir que esta agua bendita realice el milagro no hay que hacer más que lo siguiente: Apenas entre Pedro, cada una de vosotras tiene que tomar un sorbito y retenerle en la boca, sin tragarle ni tirarle, mientras haya alegría. No hace falta mucho; pero si él empieza a despotricar y a decir palabras hirientes, podéis añadir otro traguito al que ya tenéis en la boca. Me dice mi hijo, que él responde del resultado infalible, siempre que hagáis como os he dicho; pues aunque Pedro tuviese levantado el palo para pegar, no podría tocaros. (*Mira por la ventana*) Y yo me voy, que veo que por ahí viene Pedro y no quiero que me vea con vosotras.

MANUELA. — ¡No; quédese un momento!...

MING. — ¡Sí; quédese y verá qué casta de bestia es ese hombre!

SRA. ROSA. — En tal caso me esconderé en una pieza. No quiero que me vea.

MANUELA. — Aquí, aquí; y presenciará el milagro.

(*Entra la Sra. Rosa en la pieza que le indican y en el momento de salir de escena, les hace seña de que beban. Beben las dos*).

ESCENA SEXTA

Manuela, Minguilla y Pedro

PEDRO. — *(Entra con aire enojado y pesaroso y ellas se quedan en un rincón, haciéndose señas alusivas a la disposición de aquél).*

.. ¡Esto tiene que acabar! ¡Ya estoy harto! Para vivir en continua guerra, vale más separarse. Yo soy hombre capaz de hacer milagros por mi familia; pero necesito que se me tenga alguna consideración... y también quiero que cuando venga a mi casa, encuentre en ella paz y descanso... Y ahora, denme de comer, que tengo prisa. *(Minguilla se acerca y le pone mantel y cubierto, haciendo gestos porque no puede hablar. Manuela se acerca por otro lado y le pone delante un plato en el que se supone hay comida. Pedro mira a una y a otra y hace un gesto de asombro al ver que las dos callan).*

Sí; quiero tranquilidad y descanso, y tener mi comida a mis horas. *(A Minguilla)* ¿Te enteras?... Y quiero que cuando yo te hablo con buenas maneras y procurando concordia y alegría, no me contestes con groserías y brutalidades que me sacan de mis casillas y me hacen perder la cabeza. *(Minguilla traga el agua, furiosa, para responder, pero Manuela la aparta de un tirón de junto a la mesa y le da la botella para que beba. Minguilla se resiste pero al mirar la puerta por donde entró la Sra. Rosa ve a ésta que le hace una seña, mirándola severamente).*

PEDRO. — *(Volviéndose con extrañeza)* Pero, ¿qué misterios son esos? *(Se acerca Manuela con otro*

plato) Y usted también debe oírme y poner algo de su parte para que podamos vivir en paz; porque si Vd. no azuzara a Minguilla y no me gritara sin razón, yo no perdería la cabeza hasta el extremo de esta mañana, en que estuve a punto de volverme loco... y por eso hice la brutalidad... ¡que me duele más!... Porque yo no soy hombre de... (*Levanta la cabeza y ve a Manuela que está haciendo gestos; porque iba a tragar el agua para responder, cuando la Sra. Rosa, asoma por la puerta y le hace una seña imperativa que la detiene*) Pero, ¿qué pasa aquí? ¿Se han vuelto ustedes mudas? No lo permita Dios; pero la verdad es que así ¡viviríamos tan en paz!... ¡A ver, señora (*cariñosamente*) ¿qué le sucede? ¿se siente mal? Y tú, Minguilla, ¿también estás sin voz? ¿Pero qué es esto? (*alarmado*) ¿Si será la impresión de lo de antes? ¡Sí, procedí como un bruto y les pido que me perdonen!... Pero ahora, antes que nada, voy por un médico. (*Las dos se le acercan, con cara de risa, y le agarran de un brazo para que no se vaya*) ¡Pobrecillas! ¡Merezco que me apaleen! (*Minguilla rompe a reír y lo mismo hace Manuela, con lo cual echan el agua como un pulverizador. Pedro suelta también la carcajada y en esto aparece la señora Rosa, que ríe igualmente*).

SRA. ROSA. — ¿Con que se produjo el milagro? ¿Qué me dices, Minguilla? ¿Has visto que ha sido suficiente que tú callaras dos minutos para que la fiera se convirtiese ángel? ¿Sabes lo que eso quiere decir? (*Minguilla va a contestar; pero Manuela se lo impide*).

MANUELA. — ¡Tú, te callas! ¡Que habla tu madre! Aunque nos duela, debemos recibir la lección y reconocer la verdad. Con agua o sin agua,

sepamos callar siempre que nuestro mal entendido amor propio nos incite a la lucha; y no lo dudes, así viviremos en paz; que es lo que nos falta para la más completa felicidad. Porque tu marido es bueno y sólo nuestras malas contestaciones le sacan de quicio.

MING. — ¡Eso es! ¡Tenía que resultar que soy yo la intratable y la fiera, y!....

SRA. ROSA. — (*Presentándole la botella*) ¡Bebe, hija, bebe!

PEDRO. (*Soltando la carcajada*) ¡Mil gracias, señora Rosa; a Vd. y a su santo hijo! (*A Minguilla*). Y tú bebe conmigo; que también necesito beber para que San Ponciano me defienda de ti.

MANUELA. — Es que, además de San Ponciano, yo me constituyo en tu defensora.

MING. — (*Acabando por rendirse y reír también*) Entonces me debo considerar perdida, con tantos y tan fuertes enemigos. (*Con zalamería*) ¡Gracias que tengo un maridito que, aunque sea un poco cascarrabias, me quiere mucho y me defenderá contra todos! ¿No es verdad?

PEDRO. — (*Tomándola de las manos*) Sí, mi querida Minguilla; te defenderé de todos. Hasta de ti misma, o de tu genio pronto, que es el que más daño te ha hecho.

MING. — Creo... creo... que tienes razón.

FIN

METERETE Y AVEFRIA

COMEDIA PARA NIÑAS

PERSONAJES

Misia Paula	Señora de la alta sociedad
Ña Nicasia	Mujer del pueblo
Simona {	Hijas de Ña Nicasia
Mecha {		
Doña Micaela	Anciana pobre, pero que revela que es persona educada

La acción en un pueblecito cercano a Buenos Aires.

La escena representa una habitación pobremente amueblada, pero con aseo.

A los lados puertas practicables y una ventana que se supone da a la calle, como también la puerta del fondo.

METERETE Y AVEFRIA

ESCENA PRIMERA

Ña Nicasia y luego Simona

ÑA NICASIA. — (*Llamando*) Simona, ¿dónde te metes?

SIMONA. — (*Entra por una puerta lateral*)

Aquí estoy, ¿qué quiere, madre?

ÑA NICASIA. — Que yo tengo que salir
y hay que cuidar no entre nadie.

SIMONA. — Y... ¿no se puede saber
a dónde va usted?

ÑA NICASIA. — Bien sabes
que mañana cumple años
misia Paula.

SIMONA. — Y, ¿qué le hace?

ÑA NICASIA. — La debemos mil favores
que nunca hemos de pagarle;
mas yo soy agradecida
y me ha ocurrido llevarle
un ramo de flores finas
y tres o cuatro frutales,
de esos así, chiquititos
que, con tan pasmoso arte
preparan los japoneses
del jardín de *Los Rosales*.
Estima más la señora
una rosa que un brillante;
y un ramito de violetas
o lilas, la satisface
más que una joya preciosa.

Con que me voy, que ya es tarde;
 tengo que ir, para las flores,
 a lo del viejo Recalde,
 que no se encuentran más lindas
 en el mismo Buenos Aires;
 y luego a los japoneses;
 y mañana, antes que aclare
 hay que preparar el sulky
 para que no se me escape
 el tren de las seis y media.
 Y tú no digas a nadie
 a dónde he ido ni a qué;
 no sea que se adelante
 cualquiera, y....

SIMONA. — (*Algo amoscada*) Descuide usted
 que por mí no han de ganarle
 el tirón; que no soy zonza
 aunque Vd. lo crea, madre.

ÑA NICASIA. — Te lo dije por si acaso;
 porque charlas sin cuidarte
 a veces, de lo que dices.

¡Crees que todo te lo sabes!...

SIMONA. — ¡Sé más que lo que Vd. piensa!

ÑA NICASIA. — ¡Bueno, adiós!

SIMONA. — El la acompañe.

ESCENA SEGUNDA

Simona, sola

¿Dónde habrá puesto

Mecha la escoba? (*Busca y la encuentra
 tras una puerta*)

Nunca hace nada,

y como boba
cuando la dicen
que es haragana
dice al momento: (*Haciendo como que la
niñita, con gazmoñería*)

—“No tengo gana de echar los bofes

“ por la limpieza

“ de la cocina

“ o de la pieza.

“ Nada hay más tonto

“ que reventarse

“ por tener limpio

“ lo que a ensuciarse

“ vuelve al momento.

“ ¡Qué tontería!

“ ¡Por mí, en la vida

“ se barrería!”

—¡A ver quién puede

oír con calma

tales horrores,

sin que en el alma

sienta el deseo

de despertarla

y a cachetadas

enderezarla!

Y, ¿qué diremos

de la cocina?

Ni un mal puchero

sabe la indina

poner al fuego.

Y para ella

locro, churrasco,

pisto o paella,

todo es lo mismo;

nada la inquieta,

lo mismo come

pan que galleta.

En esta casa
 yo he de hacer todo,
 cocino, barro
 y hago de modo
 que aún tengo tiempo
 para costura
 y algún ratito
 para lectura.
 Es que soy diabla
 y muy activa
 ¡y tengo seso!... *(señalándose la frente con
 el índice)*

¡Y soy muy viva!
 Mi hermana dice
 que soy mandona
 ¡Si no lo fuese!
 ¡Por la Madona!...
 ¿Cómo andaría
 todo en la casa?...
 ¡En fin!... Barramos,
 que el tiempo pasa....
(Se asoma a la ventana)

¡Allá va Petra
 con su chiquillo!
 ¡miren que es fiero
 el pobrecillo!
 ¡Adiós Luisita! *(gritando y gesticulando co-
 mo si hablara con alguien que está en
 la calle)* .

¿A dónde vas?

.....

No me es posible.

.....

¡Ya me dirás...!
 ¡Cuánto me alegro...! *(Para sí)*.
 ¡Valiente necia
 cree que la quiere

y él la desprecia! (*Vuelve a mirar por la ventana y saluda*).

¡Adiós, querida!

¡Vaya otra pava! (*Al público*).

¡Más presumida...!

Y no me digan
que es elegante...

¡Tiene la gracia
de un elefante!

La de Benítez...

¡Vaya una facha!

Y misia Andrea...

la tía Vizcacha;

Paquita y Lola

¡las muy petisas!

Crean que se crece
oyendo misas.

Misia Ramona
con Don Ciriaco...

¡Justo: una mona
con un macaco!

¡Pero es tan rica!

¡Tan vanidosa!

¡Tan guarangota!

¡Tan orgullosa! (*Con manifiesta envidia, pero
con la convicción de su gran sabiduría*).

¡Ya que me ha dado tanta inteligencia
debería también nuestro Señor
cederme sus poderes sólo un día
y todo lo pondría yo mejor!

ESCENA TERCERA

Simona y Mecha

MECHA. — (*Entra en escena por una puerta lateral, dándose los últimos toques al vestido*).

Linda mañana, Simona.

SIMONA. — (*Con ironía*). ¿Salió ya el sol para tí?

MECHA. — Pues, qué ¿es tarde?

SIMONA. — (*Siempre irónica*). ¡No! ¡Las once!
Puedes volverte a dormir.

MECHA. — ¡Ché! No estoy para sermones,
y me voy.

SIMONA. — (*Id.*). Yo no lo creo.

¿A dónde tienes que ir?

MECHA. — ¿Que a dónde? Pues, a paseo.

SIMONA. — ¿Sí? Pues cuenta que ya has vuelto,
que has de hacerme compañía.
Mamá salió y no he de estarme
aquí sola todo el día.

MECHA. — Y eso, a mí ¿qué se me importa?
Si te ha mandado quedarte
no veo en ello razón
de quedarme por mi parte.

SIMONA. — ¿Nada te importa de mí?
Descastadota, haragana;
¡no tienes cariño a nadie...
ni mereces ser mi hermana!

MECHA. — ¡Escuchen a la santita...!
¡Princesa del salsifí...!

SIMONA. — ¡Ni agarrar la aguja sabe...!

MECHA. — Y tú picas como ají.

SIMONA. — Yo he de hacerlo todo en casa
y ella siempre paseando.

MECHA. — Si haces algo es porque quieres
gritar fuerte y tener mando.

SIMONA. — Y ¿por qué no haces lo mismo?

MECHA. — ¡Gracias!

SIMONA. — ¡Hazlo, por tu vida!

MECHA. — Déjate cantar chicharra...

¡Vaya con la entrometida...!

ESCENA CUARTA

Doña Micaela, Mecha y Simona

Doña Micaela es una viejita que camina algo encorvada; viste con ropa muy pobre, pero va muy limpia.

D^a MICAELA. — *(Desde la puerta)*. ¡Ave María! ¿Se puede?

SIMONA. — Sin pecado concebida.

D^a MICAELA. — *(Entrando)*. Hijas, con vuestro permiso. *(Se sienta)*. ¡No puedo más de rendida! *(Dirigiéndose a Mecha, que está más cerca)*. ¿No está en casa tu mamá?

MECHA. — ¡Ni lo sé ni me interesa!

D^a MICAELA. — ¡Ay, hija; qué brusquedad!

MECHA. — ¡Bueno! *(Señalando a Simona)*. Entiéndase con ésa. *(Se marcha)*.

ESCENA QUINTA

Simona y doña Micaela

D^a MICAELA. — ¿Quieres escucharme?

SIMONA. — Diga usted, señora. *(Repara en que Mecha se ha ido, y separándose de Doña Micaela, se dirige hacia la puerta)*.

¡Pues no se ha marchado...!

¡Vas a ver tú, ahora...!

D^a MICAELA. — Pero ¿vas a oirme?

SIMONA. — ¡Siempre entre pilletes...!

¡Pero hoy te prometo

diez buenos cachetes!

D^a MICAELA. — ¡Dios mío! ¡Qué chicas!

¿No está Ña Nicasia?

SIMONA. — (*Siempre junto a la puerta y mirando para afuera*).

¡La muy sinvergüenza...!

se fué con la Eufrasia!

D^a MICAELA. — ¡Pero hija! ¿Qué dices...?

SIMONA. — Que yo he de arreglarla.

D^a MICAELA. — ¡A quién...! ¿A tu madre?

SIMONA. — ¡He de escarmentarla!

D^a MICAELA. — Pero ¿tú estás loca?

SIMONA. — (*Dándose cuenta, al fin*).

Yo hablo de mi hermana.

¿Y a usted, qué le ocurre?

¡Ya estoy! ¡Ya la escucho!

¿Qué quiere de madre?

Debe tardar mucho

porque a comprar flores

se fué a "Los Rosales",

pues mañana cumple... (*acordándose*)

¡Vale más que calle!

D^a MICAELA. — Pues voy a esperarla.

SIMONA. — Como más le agrade.

Y si a mí me dice...

De apuros sacarle

tal vez yo podría.

D^a MICAELA. — Eres muy amable.

Y voy a decirte

qué pena me abate.

Al quedarme viuda,

un ruín miserable

que las da de noble

consiguió engañarme...

SIMONA. — Pero usted ¿quería
de nuevo casarse?
¡Valiente ocurrencia!
¡Loca de remate!

D^a MICAELA. — Pero ¿quién te ha dicho
tan gran disparate?

SIMONA. — Como habló de engaños
de un mozo elegante...
al quedarse viuda...

D^a MICAELA. — No hay duda que sabes
enredar las cosas.

¡Que Dios me resguarde
de tener por jueces
gentes de tu arte!

Lo que yo decía
era que un tunante
con trazas de santo
y de hombre honorable,
cuando quedé viuda,
y me hallé sin nadie,
se vino a ofrecerme,
con grandes alardes
de desinterés,
en los tribunales
de la sucesión
arreglar los trámites.

¿Qué sabía de eso,
yo, pobre ignorante?
Firmé cuanto quiso
sin temer un fraude.
¿Quién pensar podría
cosa semejante?

SIMONA. — ¡Cualquiera! ¡Qué pava!

D^a MICAELA. — Me quedé en la calle
sin techo ni abrigo,
con frío y con hambre.

SIMONA. — ¿Quien más que una vieja imbécil

se deja engañar así?
 ¿De qué la sirven los años?
 ¡Podrían venir a mí
 con cuentos los aves negras!
 Y ahora usted; ¡claro se ve!
 quiere que en casa carguemos
 con los tiestos. ¡Márchese!

D^a MICAELA. — ¿Es esa tu caridad?

SIMONA. — ¡Qué caridad ni qué cuerno!

D^a MICAELA. — Si me echas ¿a dónde voy?

SIMONA. — ¡Por mí váyase al infierno!

D^a MICAELA. — Debo esperar a tu madre
 que así no me tratará.

SIMONA. — En casa tan sólo se hace
 lo que yo digo. ¡Y ya está!
 (*Doña Micaela va a salir, pero en ese momento
 entra Misia Paula, y aquélla queda junto a
 la puerta*).

ESCENA SEXTA

Simona, doña Micaela, Misia Paula

M. PAULA. — (*Entrando*). — ¡Buenos días!

SIMONA. — (*Con ademanes de alegría*). Mi señora.
 ¡Tanto honor...!

M. PAULA. — Madre ¿no está?

SIMONA. — Salió para comprar flores
 que quería regalar
 a usted por su cumpleaños.

M. PAULA. — ¡Cuánto agradezco su afán
 por serme agradable en todo!
 Pero la pobre no está
 para hacer tales dispendios
 y yo siento...

SIMONA. — ¡Bueno va!

Más hace usted con nosotros,
así que...

M. PAULA. — ¡No digas más!

SIMONA. — Y, ¿por qué no he de decir?

M. PAULA. — (*Interrumpiéndola*). ¿Quién es esa anciana?

SIMONA. — ¡Bah!

No se ocupe usted por ella;
es una imbécil que está
empeñada en que ha de ver
a mi madre. ¡Mírela!
¡Qué facha tiene de bruja
pedigüeña...!

M. PAULA. — ¡Basta ya!

Nunca creí en esta casa
tales cosas escuchar.

SIMONA. — Yo sé muy bien lo que digo,
no me dejo engatusar
y por eso ya la he dicho
que se largue.

M. PAULA. — ¡Qué impiedad!

No es en tu madre en quien viste
tal ejemplo de maldad.

(*Se acerca a Doña Micaela, y habla con ella
en voz baja*).

ESCENA SEPTIMA

Dichos y Mecha

MECHA. — (*Entra muy de prisa y se dirige a una de las
puertas laterales, cantando*). ¡Ay!, ¡ay! ¡ay!
¡Viva el jaleo!

SIMONA. — ¡Pindongona! ¿A dónde vas?
¿Ni saludar a la gente

tan siquiera sabes ya?

(Señalándola M. Paula, que se acerca con Doña Micaela).

MECHA. — (De mala gana). Buenos días.

(Aparte). ¿Quién será?

SIMONA. — ¿Hase visto guarangota?

¡Que es misia Paula...!

MECHA. — ¡Ajajá!

Me alegro de verla buena, (*burlona*)

pero usted dispensará

que me vuelva, pues tan sólo

vine un pañuelo a buscar.

M. PAULA. — Pero ¿tú no te das cuenta

que eso es muy feo?

MECHA. — ¡Será!

Pero no me importa nada.

M. PAULA. — Pues pronto te importará

MECHA. — ¿A mí? Lo único en el mundo

que me importa, es pasear,

y jugar y divertirme;

¡y usted no me ha de estorbar

que me vaya...!

M. PAULA. — ¡Quién diría...!

¡Tan chiquilla y tan procaz!

ESCENA OCTAVA

Dichas y Ña Nicasia que entra en el momento
 en que va a salir Mecha y la detiene

ÑA NICASIA. — ¿Dónde vas tan de prisa? De seguro
 que no es a trabajar... (*Reparando en Misia
 Paula.*)

¡Ay! ¡Mi señora!

¡Qué alegría me da! ¡Qué goce puro
siento con su presencia bienhechora!
¡Cómo le pagaré tanta fineza!
(*Viendo a D^o Micaela*). Y tú, mi buena ami-
ga, ¿qué te pasa?

D^o MICAELA. — Que viéndome ya en la última pobreza
pensé buscar asilo aquí, en tu casa;
pero tus hijas no han querido oirme...

ÑA NICASIA. — ¡A la que, más que amiga, fué mi hermana!

D^o MICAELA. — Apática la una, otra inhumana,
ni esperarte quisieron permitirme.

ÑA NICASIA. — ¡Y son mis hijas! ¡Que vergüenza siento!
(*A M. Paula.*) Y es natural que usted, noble
[señora,

ante lo que ha escuchado, crea ahora
que enseñarlas así fuera mi intento.

M. PAULA. — No te aflijas: tú siempre fuiste buena;
pero has sido muy débil al criarlas;
las mimaste, creyendo así educarlas
y de tu error sufriendo estás la pena.
Una ha salido apática, insensible;
cree que en el mundo sólo hay juego y broma;
y hasta el dolor ajeno a risa toma;
pero la otra es más necia e insufrible.
De su gran talentazo persuadida
para ella no hay nada respetable
y hasta critica a Dios la miserable;
y es vana, es insolente y atrevida.
Es la prueba mayor de su ignorancia.
Y han de llevar las dos vida tremenda
si tú no las encauzas por la senda
del bien y la humildad; y con constancia
las muestras los deberes del cristiano
el amor al que sufre en este suelo,
procurar al que llora, algún consuelo
y respetar al débil y al anciano.
Esa es tu obligación si salvar quieres
a estas dos desdichadas. Por mi parte

procuraré, de veras ayudarte
para hacer de las dos, dignas mujeres.
Con tu amiga ya tengo trato hecho,
es mujer animosa y decidida
y fácilmente ganará su vida
y tendrá para siempre pan y techo.

D^a MICAELA. — Ser su ama de llaves me ha propuesto,
y he de servirla con amor y celo.

M. PAULA. — Que esté contenta solamente anhelo;
(*Volviéndose a Ña Nicasia*).
Y también para tí tengo un buen puesto.
Pero es preciso que esas dos chiquillas,
procuren corregirse de sus mañas
y ser humildes y tener entrañas
en vez de ser, como ahora, dos loquillas.

ÑA NICASIA. — ¿Cómo podré pagarla? ¡Virgen santa!

SIMONA. — ¡Señora, míreme puesta de hinojos! (*Se arro-
dilla*).

Ha caído la venda de mis ojos
y el conocer mi vanidad, me espanta.
¡Perdénenme!

M. PAULA. — ¡Muy bien; ven a mis brazos!
Y a tí (*dirigiéndose a Mecha*). ¿Nada te im-
porta?

MECHA. — Sí, señora.
Fuí perezosa y necia, pero ahora
del vicio he de romper los fuertes lazos
que al par que me halagaban me oprimían.
¡Por Dios, ayúdenme a regenerarme!

M. PAULA. — ¿Cómo podría yo jamás negarme?

ÑA NICASIA. — ¡Y pensar que estas hijas se perdían
por mi excesiva confianza...!

M. PAULA. — ¡Calla!
Ya has pagado bastante tu descuido.
Y, pues, gracias a Dios, hemos vencido

contra el ángel del mal en la batalla.
Démos gracias a Dios omnipotente,
que jamás a los buenos abandona
y al malo arrepentido, le perdona;
porque si es justo, aún más es clemente.

FIN

¡A QUIEN ESCUPE AL CIELO...!

COMEDIA PARA NIÑAS

PERSONAJES

CORINA	Viuda cincuentona.
SUSANA	Sobrina de Corina, jovencita.
MARIA LUISA	Ahijada de Corina, de la edad de Susana.
SEÑORA DE SILVA ..	Dama muy distinguida, anciana.
ROMUALDA	Cocinera, vieja criolla, muy rezongona.

Epoca actual: Una habitación en casa acomodada, con puertas laterales, que dan a las habitaciones interiores, y una al fondo, que es la de salida a la calle. Los muebles serán los que indique el buen criterio de quien dirija la escena, pero cerca del proscenio debe haber un veladorcito con una silla al lado y sobre él una canastita con costura.

¡A QUIEN ESCUPE AL CIELO..!

ESCENA PRIMERA

Corina, sola

CORINA. — ¡Jesús, María y José! ¡Qué frío hace!... Y yo, con aquello de que el Dr. Castilla me prohíbe salir a la calle mientras esté tan crudo el tiempo, aquí me estoy hecha una herejota, sin ir a misa en todo el mes. Y gracias que Susanita va todas las mañanas por mí... y Dios ve las intenciones. Suerte también a que para rezar mi rosario no necesito moverme de casita. ¡Bueno! Ahora que tengo un rato libre, voy a ver si doy un buen avance a la batita que ofrecí a las Hermanitas del Socorro para sus pobres. (*Toma de la mesa la canastita, de la que saca una labor comenzada de punto de lana*)... ¡Jesús! ¡Qué torpe se pone una cuando deja pasar un tiempo sin hacer estas cosas! Y cómo me va faltando la vista!... Sí; ahora tengo que ir disminuyendo tres puntos en cada vuelta... Pero, ¡qué cabeza la mía! ¡Pues no me había olvidado...! (*Deja la labor*). ¡María Luisa! (Llamando más fuerte) ¡María Luisa!

ESCENA SEGUNDA

Corina y María Luisa

M. LUISA. — (*Entrando*). ¿Qué quiere, madrina?

CORINA. — ¿Os acordasteis de sacar los muebles de la sala para cuando vengan los empapeladores? Atended que no se golpeen los espejos... y, so-

bre todo, mucho cuidadito con la imagen de Nuestra Señora de Itatí; que hay hombres de esos que parecen propiamente bestias. ¡Tratan las cosas sagradas como si fueran trastos!...

M. LUISA. — Esté tranquila, madrina; allá está Romualda sacando lo último que queda.

CORINA. — Y tú, ¿qué estabas haciendo?

M. LUISA. — Pues... yo... ¿Es que Vd. cree que en esta casa no hay nada que hacer?

CORINA. — Sí, hijas; ya sé que hay mucho; pero como la Romualda tiene que atender la cocina...

M. LUISA. — Menos cuando la atiende *otra*... la burra de carga de la casa; porque como la señorita Susana, apenas se levanta tiene que acicalarse para ir a paseo... y no puede estropearse las manos...

CORINA. — ¡Qué injusta eres!... Tú sabes bien que no es a paseo a donde va Susana, sino a misa, porque yo la he pedido que vaya mientras yo no puedo....

M. LUISA. — ¡Sí..... y puede ser que vaya! Pero a mí me han dicho más de una vez que la han visto a esas horas en sitios que podían ser buen camino para cualquier parte, menos para la iglesia.

CORINA. — ¡Calla, calla! ¡No digas disparates! ¿Por qué piensas tan mal de Susana? Me duele más oírte hablar así, porque ella te quiere como a una hermana; siempre me habla bien de ti, y si alguna vez me enojo contigo o encuentro mal algo tuyo es ella la primera en disculparte.

M. LUISA. — ¡Ya lo creo! ¡Como que no puede hacer otra cosa! Porque yo no doy el menor motivo.

CORINA. — Sí; ya sé que eres buena; pero siento...

M. LUISA. — Yo lo siento más; porque Vd. para mí es como si fuera mi madre; y no puedo contenerme cuando oigo a la muy zalamera hipocritona que la dice a Vd: ¡Tiíta, queridita!

y que se las echa de hacendosa, y que mientras procura hacerme todo el daño que puede, delante de Vd. se hace la monjita y la hermana cariñosa.... y luego por la espalda... ¡Jesús, Dios mío!.... ¡Qué lengua.... y qué entrañas!... Y Vd., convencida de que ha traído un tesoro a casa...

Yo también la quiero; bastante más que ella a mí... y hartó me duele tener que levantar la manta un poquitito, de vez en cuando, pero no puedo consentir que a una señora tan buena como Vd., que para nosotras es una madre, se la engañe de ese modo... y se la pague tan mal.... Y por eso yo soy la ingrata y la de mal corazón y la calumniadora. (*Hace que llora*).

CORINA. — Vaya, hija, calla, calla; ya sé que me quieres; pero estás equivocada con Susana.... Y por lo que hace a las salidas de por la mañana, en adelante os turnaréis. Yo creía que ella no dejaba de hacer sus cosas, porque la misa no le lleva más de una hora, y como ella se levanta temprano....

M. LUISA. — Sí; hacer que hacemos. Así se emboha a la tía. Ella es la madrugadora de la casa, y la buena cristiana... y la defensora de pobres y ausentes....

CORINA. — ¡Bueno, ya basta! No parezcas tú el fiscal.

M. LUISA. — Pareceré el fiscal justo que defiende a los buenos de los malos, quitando a éstos la careta. (*Aparte*) Algo queda... y, por lo pronto, ahora tengo tres mañanas mías por semana. Voy a escribir en seguida a Luisito.... ¡Vaya unas misas las que nos vamos a decir los dos juntos!... (*Sale*).

ESCENA TERCERA

Corina; después Romualda

CORINA. — (*Pensativa*) ¡Quién iba a pensar que mi sobrina fuera así!... Porque, algo de verdad hay en lo que me dice María Luisa; porque ésta no es capaz de mentir en una cosa tan grave.... Ella es muy a la buena de Dios y dice las cosas sin medir bien las palabras... pero sin mala intención, porque es buena. Lo que tiene, es que como es tan inocentona y me quiere tanto, cualquier cosa la subleva, cuando no sigue rigurosamente la línea recta... ¡En fin; vigileremos a mi sobrina, no resulte que he abrigado en mi seno una viborita! Se me resiste creer... tan dulce... tan modosita... Y ahora, vamos a ver si, al fin, puedo reanudar la labor. (*La saca de la canastilla y empieza a contar los puntos*) Tengo que ir disminuyendo de tres en tres....

ROMUALDA. — (*Entrando*) Con su permiso... si me lo da.

CORINA. — (*Levantando la cabeza, como asustada, al oír la voz*). ¡Ah! ¿Eres tú?... ¡Adiós labor! (*La vuelve a la canastilla*). ¿Qué se te ofrece?

ROMUALDA. — ¿Qué se me va a ofrecer, si ya veo que molesto antes de abrir la boca? ¡Me voy!

CORINA. — Pero, mujer, ¿cuándo dejarás de ser un cardo?

ROMUALDA. — Sí; que en esta casa todas las demás son flores... Usted misma, que con los demás es una pavota de puro buena, conmigo, con la infeliz que la sirve hace treinta años.... Y no digamos nada de la princesa de los zancajos, que una ha visto recoger del arroyo... y ¡qué humitos que gasta la niña! Nunca he podido

explicarme qué mala mosca le picó a la señora, cuando el señor *cantó pal carnero*, después de habernos tenido en la pura inquisición más de quince años—¡Dios se lo perdone!—para traerse a la casa esa chiquilla que, cada día que pasa, se hace más orgullosa, más mal criada y más inútil. Ya es una mujerona y ni sabe tomar una escoba en la mano, ni arrimar un puchero al fuego.

CORINA. — Serás capaz de decir que no es una buena ayuda para ti, como ha sido para mí un buen consuelo.

ROMUALDA. — ¡Ayuda! ¿De dónde? ¿Pero será Vd. tan infeliz que crea que de veras me ayuda?...

CORINA. — ¡Bah! ¡bah! Desde un principio la tomaste entre ojos... ¡Y eso es todo!... También, cuando se quedó huérfana la hija de mi hermana, trataste de convencerme de que no la trajese a casa. Y seguramente, para ti es también una insolente, una orgullosa y una inútil... A ti todo el mundo te estorba.

ROMUALDA. — La verdad—y Vd. perdone—que no podemos decir que Dios la haiga dao el don de acertar. Yo no quería que viniese una más, porque bastante tenía que aguantar con la primera... Pero la niña Susana no tiene compaña con la otra... ¡Como el día y la noche!... ¡Ay, señora! A su sobrina no puede haber quien no la tome ley... ¡Esa sí que es ayuda y consuelo! ¡Y sin decir nunca una palabra pa emponderar lo que hace!

CORINA. — ¡Qué milagro que encuentres una buena! Yo no digo que no lo sea Susana; pero no vale lo que María Luisa; sino que tú...

ROMUALDA. — ¡Eso es, yo! ¡Yo tengo la culpa de todo! ¡La verdad es que más cuenta me tendría callarme y no decir palabra, aunque viera a esa

lagartona comerse viva a la señora!... ¡Mejor será que me vaya!

CORINA. — Pero todavía no me has dicho a qué viniste.

ROMUALDA. — Vine para que me dijese la señora si hay que dar algo de comer o de beber a los empaneladores.

CORINA. — Sí, dales unas empanadas y vino.

ROMUALDA. — Eso es; y con el aquél de la merienda, se pasarán el día sin hacer nada. Si no se emborrachan con el vino y les da por pelearse o cosa peor.

CORINA. — Bueno; pues no les des nada.

ROMUALDA. — ¡Qué lindo! Y ellos, que saben que la señora tiene la mano abierta, la tomarán conmigo, porque dirán que soy yo quien no quiere darles.

CORINA. — ¡Bueno, mujer! ¡Haz lo que mejor te parezca; que yo, sea lo que fuere, lo doy por bien hecho! (*Sale Romualda*).

ESCENA CUARTA

Corina sola, después Susana

CORINA. — Sí no fuese por el buen fondo que tiene y lo fiel que es ¿quién aguantaría ese geniazó? No hay modo de hablarla que no encuentre una ofensa. ¡Y pensar que en treinta años no ha cambiado ni tanto así! (*Vuelve a tomar la labor y a sentarse*). Vamos a ver si, al fin, puedo hacer algo... (*La deja de nuevo y se levanta*). Pero, ¿será posible que Susana no haya vuelto aún de misa? No estoy tranquila... con lo que me ha dicho María Luisa... (*Se acerca a una puerta y grita*): ¡Susana! ¡Susana!

SUSANA — (*Entra con aire alegre*) Aquí me tiene, querida tía. ¿Qué desea?

CORINA. — Nada, no necesito nada. Te llamé solamente para saber si habías vuelto ya.

SUSANA. — Sí; hace ya un buen rato. Pero me entretuve dando una mano a la pobre Romualda, que hoy ha tenido mucho que hacer con el trajín de los empapeladores...

CORINA. — Y María Luisa, ¿qué hace?

SUSANA. — No lo sé, tía... Es decir, creo que se está peinando.

CORINA. — Pero, ¿habrá dejado ya todo limpio?

SUSANA. — Ya lo había dejado yo antes de ir a misa... salvo el cuarto en que hemos metido los muebles de la sala. También dejamos todo listo en la cocina, de modo que Romualda, pueda atender bien la comida.

CORINA. — Y María Luisa, ¿qué ha hecho?

SUSANA. — No lo sé, tía, porque apenas la he visto hoy; pero no habrá pasado la mañana mano sobre mano.

CORINA. — ¿Sabes si me cosió mi pollera de merino?

SUSANA. — La cosí yo ayer tarde y se la coloqué en el ropero. ¿Quiere que la traiga?

CORINA. (*Aparte*) ¿A quién deberé creer? ¿Tendrá razón la Romualda?... ¡No... pobre María Luisa!... Ella es incapaz de mentir!... (*Alto, a Susana*). Luego o mañana me la probaré. (*Vuelve a quedar pensativa*). Voy a ver qué hace esa chica...

SUSANA. — (*Con angustia*) No se moleste, tía; yo la buscaré... ¿Para qué se va Vd. a cansar? (*Al ver que la tía se dirige resueltamente a la puerta, levanta la voz*) ¡María Luisa! ¡María Luisa!

CORINA. — (*Con recelo y con desabrimiento*) ¿A qué viene eso? ¿Quién te ha mandado dar esas voces? ¿No me dijiste que estaba en vuestro cuarto peinándose?

SUSANA. — (*Turbada*) Así me dijo ella. (*Sale Corina*).

ESCENA QUINTA

Susana, sola

¡Bien sabe Dios que lo hubiese impedido si me hubiera sido posible; pero no ha estado en mi mano! Ahora, seguramente, estará hablando por la reja con ese sujeto que tiene tan mala traza... ¡Ay, si hubiera querido escucharme!... Pero no me quiere; aun más, me tiene mala voluntad y habla mal de mí a todo el mundo.

Pero eso no importa; yo la tengo cariño... porque sí... y porque Dios nos manda amar a quienes nos desean el mal.

Bien pensado, casi es mejor que mi tía se entere por sí misma de la verdad; de ese modo será fácil poner remedio a tiempo y evitar males mayores.

¡Ya vienen! Me voy. No quiero estar presente cuando la reprenden. Así aprovecharé el tiempo ayudando a la pobre Romualda.

ESCENA SEXTA

Corina y María Luisa

CORINA. — Será como tú dices; pero no quiero enredos ni tapujos en casa. No pretendo que os hagáis monjas ni me gusta obligar a nadie a que tome el novio que le den; pero quiero que las cosas se hagan a la luz del día y como Dios manda. Y, por eso, antes que toméis com-

promiso alguno, quiero saber quién es él, qué clase de familia es la suya y a qué se dedica; qué estudia o en qué trabaja. Y entonces, si tengo la certeza de que es un muchacho bueno y trabajador, y, sobre todo, buen cristiano, entonces podéis tomar relaciones... pero en casita y delante de mí. Nada de rejas ni puertas, ni menos de andar por las calles con el novio como una pindongona. Y basta por ahora; voy a arreglarme un poco... Creo que me has entendido...

ESCENA SEPTIMA

M. LUISA. — Todo esto ha venido de la odiosa de Susana, que ha querido que la madrina me sorprenda... ¡Cuentera! ¡hipocritona! ¡chismosa!... ¡Ah! ¡Pero ésta me la paga y de modo que lllore lágrimas de sangre!... ¡Qué odio; pero qué odio tengo a esa 'gazmoña! Como que por ella, que es la sobrina, seguramente, cuando la estúpida vieja estire la pata, me voy yo a quedar sin nada. Antes era yo la patrona en esta casa, y ahora ya me vigilan y sospechan... Yo tengo que buscar la manera de que la vieja tome aborrecimiento a su sobrina y la eche de casa; pero de manera que no pueda volver... Voy a pensar despacio (*Se va*).

ESCENA ÓCTAVA

Romualda y Susana

ROMUALDA. — Es cosa de un momento; pero como quiero que nadie se entere, por eso...

SUSANA. — Diga lo que quiera, Romualda.

ROMUALDA. — Pues es para pedirte un favor; que tú me le puedes hacer muy bien ¡pero de modo que nadie lo sepa!

SUSANA. — ¡Acabe de una vez, que ya me está Vd. poniendo en cuidado!

ROMUALDA. — ¡Ay, hija! Y, ¿por qué has de estar con *cuidao*?... O ¿es que te crees que yo voy a pedirte que cometas una mala acción o una cosa fea? Pero, ¿quién te crees tú que soy yo? ¿Es que te *emaginas* que soy alguna *criminala* y que te voy a mandar que robes o que mates a alguien? ¿También tú piensas mal de mí y me crees capaz de querer condenarme y que se condenen los demás? ¡Bueno! ¡Está bien! ¡No he dicho nada!

SUSANA. — Pero, mujer, ¿de dónde ha sacado Vd. semejantes conclusiones? Lo que yo decía...

ROMUALDA. — (*Cada vez más enojada*) Ni soy sorda ni tonta; así que no tienes que repetirme nada, porque te he oído muy clarito.

SUSANA. — Entonces, ¿por qué se enoja, si en mis palabras nada había que pudiera molestarle?

ROMUALDA. — ¡Eso es! ¡Ahora dime que yo soy una carrabias que se enfada sin motivo!... ¡Soy una intratable! ¡Una fiera! ¿No es eso? Y yo debo escuchar esas insolencias y esas *calurnias* calladita... o darte las gracias...

SUSANA. — Pero, ¡Virgen Santísima! ¿Qué pecado he cometido para recibir este castigo? Procuro ser

buena y servicial con todos, y María Luisa me aborrece, mi tía me mira con desconfianza y con frialdad; y Vd., que es la única que me queda, se exalta y se ofende cuando le hablo con el corazón en la mano y no pienso en otra cosa que serle agradable. ¡Yo ya no puedo más! (*Llora*).

ROMUALDA. — ¡Cállate! Soy una bruta; pero te quiero muy de veras y no puedo verte llorar. ¡Perdóname, hija mía! Como todos me tratan de mal carácter y de gruñona... siempre me parece que cuando me hablan... pues... apuntan para ahí... Pero ya veo que en ti no hay esa intención....

SUSANA. — Y, ¿cómo pudo creerlo?

ROMUALDA. — Bueno: lo que yo quería pedirte es que me hagas un gran favor...

SUSANA. — Siempre que pueda, lo haré con el mayor gusto... Diga, pues, de una vez.

ROMUALDA. — Y, ¿había yo de pedirte cosa que no puedas hacer? ¿Estoy acaso loca?...

SUSANA. — Pero, ¿Volvemos a las andadas? ¡Diga de una vez qué quiere y déjese de comentarios!

ROMUALDA. — ¡Cuidao con la chica; y que *súpita* que es! Bueno; pues yo quería... esto... porque mira...

SUSANA. — Pero, ¿acabará algún día?

ROMUALDA. — Déjame un momento... que no tengo tu labia... Bueno... porque... lo que yo quiero... Ahora sí; lo que yo quiero es que dentro de tres días es el cumpleaños de la señora y también; ¡bueno! pues que en tal día entré yo a servir hace treinta años... ¡bueno! Porque ella a mí no me hace caso en muchas cosas que le digo... ¡qué mucho mejor le iría si me escuchara! Pero yo la tengo ley... porque es buena... y es mi patrona, que viva mil años más, pero que no meta en casa más *retiles* ve-

nenosos como la ahijadita. ¡En buena hora lo diga! Y cuando vivía el patrón, que hizo bien en morirse... porque era más camorrero y más malo...

SUSANA. — Deja en paz a los finados, y dí qué es lo que quieres de mí, de una vez...

ROMUALDA. — Es que cada vez que me acuerdo de aquél mal hombre... ¡De juro que derecho al cielo no ha ido...! ¡Ni puá ser que tampoco al purgatorio!... ¡Pa abajo; pa abajo fué!...

SUSANA. — Pero, ¿dejarás en paz al pobre finado o me voy? Parece mentira que seas cristiana...

ROMUALDA. — No; si yo no le tengo mala voluntad. ¡Quiera Dios que esté tan ricamente en la gloria... y nos espere más de un siglo!...

SUSANA. — ¡Yo me voy! No quiero que la tía nos encuentre aquí de charla y mano sobre mano...

ROMUALDA. — Voy al caso. Te decía que por el aquél de cumplir años la señora y hacer treinta que yo entré... pues quería hacerla un *osequio* lindo, que vea que la tengo ley, porque es la verdad... Pero yo no sé qué comprarla y como tú eres tan así... ¡bueno!... que eres muy señora en tus gustos... Mira; yo tengo veinticinco pesos... y te los doy; y tú con ellos compras lo que quieras... aunque los gastes todos, no importa, que para eso los *ajunté*.

SUSANA. — No tienes por qué darme el dinero; ya que quieres que yo me encargue de buscar el regalo, me encargaré con mucho gusto, pero basta y sobra con que yo busque el objeto y te diga dónde lo venden para que tu vayas a buscarlo. Y creo que no hay para qué gastes tanto; con una cosita cualquiera de cinco o seis pesos mi tía verá la buena vo-

luntad y la estimará como si fuese una costosa alhaja.

ROMUALDA. — Yo sé lo que tengo que hacer; y lo que quiero es que gastes todo. ¿Qué te crees? ¿que a mí me duelen esos pesos? Pues mira tú; si cien pesos tuviera, cien me gastaría con mucho gusto... ¡Y eso que no me caen del cielo, que buen trabajo me cuesta ganarlos! Pero, por lo mismo. Conque, toma (*Le da unos billetes que saca muy dobladitos de un nudo del pañuelo*). Pero, ¡por la Virgen Santa! que no se entere la señora ni menos la lagartona de María Luisa. Quiero que nadie sepa nada hasta el mismo día...

SUSANA. — Por mí nada ha de saberse; pero le repito que no hay necesidad de que me dé Vd. el dinero...

ROMUALDA. — ¡Haz lo que te digo! ¡Y se acabó! Y ahora me voy, que estoy haciendo más falta en otra parte. (*Se va*).

ESCENA NOVENA

Susana y luego M^a Luisa

SUSANA. (*Se ha quedado con los billetes en la mano, y maquinalmente los desdobra; pero al oír a M^a Luisa, los guarda apresuradamente en un bolsillo del delantal*); ¡Qué áspera y qué ruda es esta mujer; pero qué nobles sentimientos tiene!

M. LUISA. — (*Asomando a una puerta y viendo el dinero en manos de Susana, aparte*). ¡Caíste, palomita! (*Tose y se adelanta; entonces es cuando Susana, con ademán de sorpresa, guarda los billetes*) ¡No te asustes, ricura,

que soy yo y no me como a nadie.... aunque debiera abofetear a alguna santita que me oye!....

SUSANA. — ¿Qué disparates estás diciendo? ¿Por qué habías de abofetearme?

M. LUISA. — ¡Pues por envidiosa... y por cuentera, y por soplona! ¡Te faltó tiempo para ir a contar a mi madrina que estaba hablando con Luisito! ¡Pero te embromaste, porque lo que has conseguido es que ahora me autorice a hablar con él cuanto quiera y cuando me dé la gana. ¡Perdona, pues, por Dios! ¡Otra vez será!

SUSANA. — ¡Ay, María Luisa; qué equivocada estás! Yo soy incapaz de acusar a nadie por nada; y menos a ti, a quien quiero como a una hermana...

M. LUISA. — ¡La santita!... Pues, mira; te guardas tu cariño para quien lo quiera, porque yo... ¿Para qué andar con farsas? Te aborrezco con toda mi alma, porque me dan asco las beatonas y las grandísimas hipócritas, como eres tú; y si no te quitas pronto de delante, me voy a dar el gustazo de darte una docena de bifés bien dados, en esa cara de lechuga que pones cuando quieres aparecer como pobre víctima.

SUSANA. — Sí, me voy; porque tengo que hacer, y no quiero, además, que sigas exaltándote. Eres injusta conmigo; pero llegará día en que Dios te abra los ojos, y entonces te arrepentirás. (*Se va*).

M. LUISA. — Anda, santurrona; ahora sí que vas a poder decir que soy injusta contigo. ¡Pronto! ¡Desfigurando bien la letra!... ¡Ah! Para eso me pinto sola... Luego ya me encargaré de que desaparezcan algunas alhajas y unos cuantos pesos... ¡Manos a la obra!

ESCENA DECIMA

Leocadia y Romualda

LEOCADIA. — (*Entrando por el fondo, donde se supone la calle*) ¡Ave María Purísima!... ¡Romualda! ¡Romualda!

ROMUALDA. — (*Entra por una puerta lateral*) ¡No me dejarán en paz! ¿Qué tripa se te ha roto?

LEOCADIA. — ¡No pegues, mujer! Que vengo a pedirte un servicio, y si me recibes con dos piedras en las manos...

ROMUALDA. — Es que tengo la sartén al fuego.

LEOCADIA. — Bueno, vamos *pa* la cocina; así como así... allá habíamos de ir, porque quiero que me *empriestes* más cebollas...

ROMUALDA. — ¿Y *pa* eso me vienes a refreír la sangre haciéndome que se me queme el almuerzo? ¡Bah! Echa *pa* dentro y tú tomarás lo que necesites. (*Salen por la puerta por donde entró Romualda*).

ESCENA DECIMA PRIMERA

Corina (*Con una carta abierta en la mano*)

CORINA. — (*Con una carta abierta en la mano*). ¡Qué día, Virgen Santísima, qué día! Pero, ¿quién habrá escrito esto y quién ha podido colocarlo, precisamente a los pies del crucifijo? Eso parece como que quisiera decir que ponen al santísimo Cristo por testigo... pero, ¿cómo es posible?...

Que Susana me roba plata y objetos de valor y que se lo entrega a un individuo con

quien se ve por las mañanas, cuando la mando a misa. ¡No puedo creerlo! ¡Pobre chica! ¡Esto es una calumnia!... Pero... ¿quién puede tener interés en perjudicarla?... ¿Qué debo creer, Dios mío?... ¡Lo de que se ve con un hombre debe ser verdad, porque hoy María Luisa, aunque no quiso hablar claro, me dió a entender que mi sobrina andaba en relaciones con un individuo que no parece de buenas costumbres!... Pero ¡Virgen Santísima! ¿a quién ha salido esa chica? Porque mi pobre hermana, fué una santa; y aunque mi cuñado fué un tarambana... nunca llegó... ¡Es verdad que hacía alardes de irreligiosidad... y se burlaba de lo más sagrado!... ¡Ay qué pena tengo más grande! ¡Pero hay que ver quién ha podido poner esto allí!... ¡Romualda! ¡Romualda!

ESCENA DECIMA SEGUNDA

Corina, Romualda, Leocadia

ROMUALDA. — ¿Qué manda Vd.?

LEOCADIA. — Buen día, tenga mi señora.

CORINA. — Buen día, Leocadia; ¿cómo está su señora?

LEOCADIA. — Bien, a Dios gracias, y me mandó saludar a Vd.

CORINA. — ¿Qué se le ofrece?

LEOCADIA. — A ella, nada; fuí yo que vine a pedir a Romualda que me *empriestase* una cebollita y un ají; que mañana se lo devolveré. Así, que con su permiso, me retiro; y muchas gracias y disculpar la molestia.

CORINA. — Salude a la señora... (*Sale Leocadia*).

ROMUALDA. — ¿Se podrá saber, al fin, a qué venían esas voces?

CORINA. — ¿Quién ha entrado hoy en mi oratorio?

ROMUALDA. — Y a mí, ¿qué me pregunta? No tengo yo otra cosa que hacer que estarme de plantón a ver si entran o salen... ¡Habrá sido alguna de las niñas!

CORINA. — ¿Y no sabes tampoco quién ha traído hoy esta carta?

ROMUALDA. — ¡Pues si no ha sido el cartero!... Vea, señora, si es para eso para lo que me llamaba, bien pudo dejarme en paz; que tengo el estofado al fuego... ¿Yo qué sé de cartas ni de quién entra ni sale? (*Se va*).

ESCENA DECIMA TERCERA

Corina y Susana

CORINA. — Lo mejor es preguntar a la misma Susana; yo no puedo estar más tiempo en la incertidumbre. (*Llamando*). ¡Susana! ¡Susana!

SUSANA. — ¿Qué manda Vd., tía?

CORINA. — ¿Qué estabas haciendo?

SUSANA. — Me había puesto a coser...

CORINA. — Pues, ¿cómo vienes de allá si tu cuarto?...

SUSANA. — Es que no estaba en mi cuarto, sino en el de Vd. Pero, ¿qué le pasa, tía? ¿Por qué me mira Vd. de esa manera?...

CORINA. — ¿Que qué me pasa? ¿Y tu conciencia no te dice nada? Parece ser que te gusta meter-te en mi cuarto cuando yo no estoy allí, ¿verdad?

SUSANA. — Pero, tía, ¿qué está Vd. diciendo? ¿Qué es lo que quiere decir?... Fuí a su cuarto por-

que María Luisa, que estaba en el nuestro, no quiso permitirme que me pusiera allí a coser... ¡Mi conciencia nada tiene que decirme!... (*Dice esto con entonación llorosa y al terminar saca el pañuelo del bolsillo del delantal, para enjugarse los ojos, y se le cae el dinero que le dió Romualda*).

CORINA. — (*Al ver el dinero*). ¡Yo yo estaba por creerla! (*A Susana, con indignación*). ¿Qué dinero es ese? ¿De dónde ha salido? ¿Desde cuándo estás tan rica!

SUSANA. — (*Acongojada y sin saber qué decir*) Tía... querida tía... Ese dinero... no es mío. ¡Pero no me mire de ese modo!... Es que me hicieron un encargo... que... que... yo se lo diré dentro de unos días...

CORINA. — ¡Encargos de dinero a una chiquilla!... Pero, ¿crees tú que soy yo tan tonta como para tragar semejantes pavadas?... ¡Y encargos que tampoco puedes decirme qué son!... ¡Ya basta! Recoge ese dinero... y vete con tu secreto, que yo no quiero saber más. ¡Es más que suficiente lo que he visto!

SUSANA. — No, tía, por Dios! Escúcheme y comprenderá que nada hay de malo...

CORINA. — Te he dicho que te retires de mi vista. No me interesan tus explicaciones.

SUSANA. — ¡Pero, tía, óigame!...

CORINA. — ¡Vete! (*Sale Susana, llorando y al propio tiempo entra la señora de Silva*) ¡Quién lo dijera!...

ESCENA DECIMA CUARTA

Corina y Señora de Silva

SRA. DE SILVA. — Si estorbo, me retiro.

CORINA. — Al contrario, mi querida amiga; viene Vd. como enviada del Cielo. Hoy he recibido el disgusto más grande de mi vida...

SRA. DE SILVA. — ¡Pobre amiga mía! Y, ¿podré tener la dicha de serle útil en la desgracia que le aflige? ¿Qué le ha ocurrido?... Digo, si no es indiscreción...

CORINA. — ¡Al contrario! Aparte de que en usted no es posible la indiscreción, en este caso especial, puede Vd. con su clara inteligencia y buen consejo, señálame la conducta que debo seguir.

SRA. DE SILVA. — Me tiene completamente a su disposición. Cuénteme su pena.

CORINA. — Ya sabe Vd. que ahora va a hacer unos cuatro meses hice venir a casa a mi sobrina Susana, que acababa de quedar huérfana.

SRA. DE SILVA. — Fué una acción generosa por la que ya veo que Dios ha empezado a premiarla, dándole una hija que es un encanto.

CORINA. — ¡Ay, amiga querida! Esa que Vd. cree que es buena hija, como yo creía, parece ser que es la serpiente de la fábula, que mató al confiado labrador que la abrigó en su seno...

SRA. DE SILVA. — ¡Cómo es posible! Nunca podré creer en la maldad de esa niña que es un verdadero ángel. La conozco desde muy pequeña y he podido apreciar los tesoros de ternuras y de bondad que encierra en su corazón. Tanto

que, y se lo digo ahora porque viene al caso, si Vd. no se hubiese apresurado a ofrecer su casa y ofrecerse como madre a la huerfanita, cuando quedó sola, lo hubiera hecho yo. Pero Vd. tenía mejor derecho y... Por lo demás, con Vd. ya sabía yo que tendría cuanto puede apetecer una niña buena, empezando por el cariño de quien, ya que no su madre, era la hermana de aquélla.

CORINA. — Sí; la recibí como a hija.... pero.... ¿para qué andar con vueltas? Acabo de descubrir que es una ladrona... por lo visto, instigada por un individuo con quien tenía vieja relación.

SRA. DE SILVA. — ¡Pero eso es imposible! ¿Tiene Vd. la prueba evidente, que no admita duda, de ese horror que me cuenta?

CORINA. — ¡Ay; por desgracia, sí la tengo! Hace ya tiempo; a poco de traerla a casa, noté que mi ahijada, María Luisa, que he criado conmigo desde chiquita, mostraba cierta repugnancia a reunirse con ella. La interrogué y no quiso decirme nada; porque, aunque la crié muy mimada y muy consentida, es tan buena y de tan nobles sentimientos, que se dejaría matar antes de decir nada que pudiera perjudicar a la otra, aunque no pueda tenerla cariño. Sin embargo, con maña, dándole vueltas, pude sacarla medias palabras ¡nada más que medias palabras, que, apenas dichas, se daba cuenta y ya se encerraba en el más absoluto silencio! y por ellas tuve motivos para sospechar que, tal vez, mi sobrina no era lo que parecía...

SRA. DE SILVA. — Permítame que la interrumpa. Para sospechar se guió Vd., no por los hechos de ella, sino por la animosidad y las medias palabras de la otra, ¿no es así? Perdone que

la diga que me parece que eligió Vd. el peor camino...

CORINA. — Puede ser, mi amiga, pero escuche. Esta mañana recibí este aviso... Léalo.

SRA. DE SILVA. — (*Con repugnancia*) ¡Ah, un anónimo!... ¡Permítame que no lo lea! No puede interesarnos lo que diga. Y, ¿es ahí donde Vd. ha encontrado la prueba de que la pobre, la buena, la honradísima Susanita es ladrona y anda en relaciones?... ¡Nunca hubiera creído que fuese Vd. tan crédula ni estuviese tan dispuesta a condenar, a quien ningún motivo ha dado para sus sospechas, sólo porque un alma tan ruin que se oculta tras el anónimo, cuando no le basta el estilete traicionero de las indirectas, de las suposiciones veladas y de las medias palabras, se le ocurre levantar una vil calumnia!

CORINA. — Pero, escúcheme. Yo no di fe al anónimo, y todo habría quedado en nada, si ella misma no se hubiese condenado. La llamé y antes que la dijese una palabra, se puso a temblar y no podía ocultar su turbación; hablaba a trompicones, y cuando la hice notar que su conciencia era la que le ponía en tan lastimoso estado, se echó a llorar. ¡Ahí vino la broma! Al sacar del bolsillo el pañuelo para llevárselo a los ojos, se le cayó al suelo un rollo de billetes; no sé cuánto era; no quise mirarlo... sólo puedo asegurarle que había varios de diez pesos, por fuera. Y cuando le pregunté de dónde tenía aquél dinero, se atarulló más, se puso pálida como un muerto y luego sofocada, que parecía que iba a estallar, y, a tirones, acabó por venirme con el cuento de que era un encargo que le habían hecho, pero que no po-

día decirme más. ¿Podía yo dudar después de eso? ¿Qué mayor revelación?...

SRA. DE SILVA. — Eso del dinero que se le cayó y de su turbación y su excusa del encargo, no acierto a explicarme qué pueda ser; aunque de ningún modo pueden bastar para que yo suponga a Susana capaz de una incorrección, cuanto menos de una maldad. Pero, antes que nada; ¿ha notado Vd., efectivamente, la falta de dinero o de alhajas?

CORINA. — No; no lo he notado; pero eso nada significa. Hago pocos números; el dinero está al alcance de las chicas;... y por lo que se refiere a las alhajas, tengo muchas; algunas muy valiosas, pero nunca las uso y sólo por rara casualidad miro en los sitios en que las tengo. ¡Precisamente, con motivo de lo ocurrido, hoy me proponía revisar bien las alhajas y ajustar cuentas! Esto último no me ha de ser difícil, porque anteayer me trajeron el importe de los arrendamientos, y, al recibirlo, me quedaba justo doscientos veinte pesos.

SRA. DE SILVA. — Si es necesario, luego veremos eso; y, por ahora, ¿quiere que nos ocupemos, ante todo, en buscar al autor del anónimo? Yo me imagino quién es; pero es necesario una prueba evidente.

CORINA. — Pero, ¿sospecha Vd. de María Luisa?...

SRA. DE SILVA. — Tengo la certeza; pero quiero tener la evidencia. ¿Me permite hablar con ella un momento a solas?

CORINA. — Usted ordena; pero estoy persuadida de que se engaña Vd. en ese punto. María Luisa, lo reconozco, es caprichosa, es algo voluntariosa y yo la he criado muy consentida; ¡pero es tan buena y me quiere tanto!...

SRA. DE SILVA. — Mi querida amiga: será para mí una sa-

tisfacción muy grande pedir perdón a esa niña por mis sospechas, si es que me he equivocado. ¿Quiere hacerla venir?

CORINA. — (*Llegándose a una de las puertas laterales y llamando*) ¡María Luisa! ¡María Luisa! (*Volviéndose, a la Sra. de Silva*) Aquí está ya; le dejo sola con ella. (*Sale por otra puerta*).

ESCENA DECIMA QUINTA

Señora de Silva y María Luisa

MARÍA LUISA. — (*Entrando y muy sonriente*) ¡Buenos días, querida señora! ¡Qué placer nos proporciona con su visita!

SRA. DE SILVA. — Mayor le tengo yo al verte. Cada día te pones más linda.

M. LUISA. — No; lo que sucede es que cada día me mira Vd. con mayor benevolencia... Pero, perdóname: creí que me había llamado mi madrina. ¿Sabe ya que está Vd. aquí?

SRA. DE SILVA. — Sí, queridita; pero yo la he pedido que me dejara hablar un momento contigo.

M. LUISA. — (*Turbándose*). ¿Connigo?... ¡Vd. dirá!...

SRA. DE SILVA. — No tienes por qué alarmarte. Se trata solamente de que como sé qué buena eres y cuánto quieres a la que para ti ha sido una segunda madre... quería que me ayudases en una buena obra.... aunque te fuese doloroso....

M. LUISA. — ¿Cómo puede serme doloroso ayudar a Vd?

SRA. DE SILVA. — Escúchame hasta el fin:... aunque te fuese doloroso tener que desenmascarar a alguna persona lo suficientemente hipócrita para engañar con facilidad a la pobre Corina,

que es la inocencia personificada, pero no a un chica inteligente, que sabe observar y que no debe tolerar que su protectora sea víctima de una intrigante del género de las mosquitas muertas.

M. LUISA. — (*Sin disimular la alegría*) ¿De manera que también Vd. sabe que esa chiquilla es una sinvergüenza?...

SRA. DE SILVA. — Yo no sé nada... y por eso vengo a ti. Tu madrina ha recibido una carta anónima... en que le dicen cosas muy graves de Susana. Ella no cree ni quiere creer nada de lo que le dicen en esa carta; pero yo, por la forma en que está escrita, he creído ver que la persona que la ha enviado, no miente... y que, a pesar de haber empleado la forma anónima, siempre tan innoble, no es un calumniador, sino alguien que por circunstancias especiales no puede dar su nombre y...

M. LUISA. — Sí, señora; así es...

SRA. DE SILVA. — (*Sonriendo con malicia*) ¿Verdad que sí? ¡No me había equivocado!

M. LUISA. — (*Alarmada*) ¡Ah! ¡Yo no sé! ¡Yo no he dicho nada; ni sé quién ha mandado el anónimo!

SRA. DE SILVA. — ¡Ay, hija! ¿No lo sabes? Pues lo siento muchísimo; porque yo creí que tú podrías encaminarme bien y facilitarme datos suficientes para que yo, con toda reserva, y sin decir a nadie de dónde venían, convenciera a mi pobre amiga de que ha metido en su casa a una víbora y que debía sacarla cuanto antes, para evitar males mayores, tal vez irreparables. Pero si tú nada sabes, habremos de creer, como mi confiada amiga, que es porque nada hay cierto en lo que dice el anónimo; que se trata de una infame calumnia y que lo único que hay que hacer es entregar la carta a la policía para que descubra

a la persona capaz de inventar una mentira tan vil y tan merecedora de un castigo ejemplar.

M. LUISA. — ¡Por Dios, no hagan semejante cosa!

SRA. DE SILVA. — ¿Por qué no? ¿Han de quedar sin castigo tales infames mentiras?

M. LUISA. — Es que lo que dice el... digo, la carta, es verdad.

SRA. DE SILVA. — ¡Ya decía yo! ¡También me lo pareció a mí y por eso quise que me ayudaras! Con que, ¿es verdad lo que dice el anónimo?

M. LUISA. — Sí, señora; la verdad pura.

SRA. DE SILVA. — Pero... entendámonos; ¿todo, todo lo que dice? Porque hay cosas que se resiste una a creer que pueda hacerlas una chica tan modosita y tan...

M. LUISA. — ¿Por qué lo dice Vd.? ¿Por lo del individuo con quien se va por las mañanas. ¡Dios sabe dónde! mientras la madrina cree que está rezando en misa? ¡No puede Vd. imaginarse a dónde llega esa sinvergonzona! Y él creo que es un criminal de esos que se aprovechan de las niñas tontas para entrar en las casas, robar todo y asesinar a los dueños.

SRA. DE SILVA. — ¡Virgen Santísima! ¿Quién hubiera podido imaginar tanta maldad en una criatura!... (*Mirando con asombro a María Luisa*).

M. LUISA. — (*Con aire triunfal*) Supongo que ya no dirá Vd. a mi madrina que es necesario llevar el anónimo a la policía.

SRA. DE SILVA.—No, no; ya no tiene objeto esa diligencia... Ahora ya tengo la prueba ilevantable de quién ha sido el autor de la infame calumnia. Pero dime, ¿por qué has cometido un hecho tan vil?

M. LUISA.—(*Consternada*) ¡No! ¡no! ¡Yo no he dicho a Vd. ni a nadie que he escrito el anónimo!

SRA. DE SILVA. — Me has dicho, palabra por palabra, cuanto se afirmaba en él. Si tú no lo hubieras

escrito, ¿cómo podías conocer tan perfectamente su contenido, si nadie te le había enseñado?

M. LUISA. — ¡No! ¡Usted miente! ¡Usted me tiene mala voluntad, porque sabe que yo no la puedo ver, porque es Vd. una vieja hipocritona y mala!.... ¡Y ha querido sonsacarme!... ¡Pero Vd. no puede decir que yo la he dicho nada!....

SRA. DE SILVA. — (*Con lástima*) ¡Pobre pequeña! Piensa despacio en lo que has hecho y, en vez de revolverte airada, arrepíentete de modo que te hagas perdonar. Ante todo; pide perdón a la pobre niña a quien has calumniado y que, por tu culpa, ha estado por perder el cariño de su tía y quedarse sin amparo.

M. LUISA. — ¿Yo pedir perdón a esa odiosa? ¡Antes me matan!

SRA. DE SILVA. — (*Dirigiéndose a la puerta por donde salió Corina*) ¡Corina! ¡Susana!

ESCENA DECIMA SEXTA

Dichos: Corina, Susana y Romualda

(*La primera entra por la puerta por donde salió, las otras por otra del otro paño*)

SRA. DE SILVA. — (*A Corina*) Ahí tienes a la autora del calumnioso anónimo. (*A Susana*) Susanita; muy mala ha sido contigo; pero yo sé que tú eres tan buena que la perdonarás.

CORINA. — (*A María Luisa*) ¿Así pagas mi cariño y mis beneficios? Comprende que con lo que has hecho ya has terminado para mí. No pue-

des seguir en esta casa... de modo que voy a buscar cómo...

SUSANA. — (*Echándose de rodillas ante Corina*) ¡Tía! ¡Mi tía querida! ¡Por la memoria de mi madre que tanto le quería; por la Santísima Virgen que nos manda perdonar, por Nuestro Señor Jesucristo que desde la Cruz bendijo a los mismos que le habían clavado; perdone a la pobre María Luisa, que si ha tenido un momento de debilidad, está arrepentida, porque es buena y la quiere a Vd. tanto como se merece! ¡Yo se lo suplico de rodillas; no la despida de su lado, porque yo no podría vivir en lo sucesivo tranquila, pensando que, aunque sin poner nada de mi parte, yo había sido la causa de su desdicha!

CORINA. — (*Enternecida*) Levántate, Susanita. No es posible que queden sin castigo la hipocresía y la maldad, de esa chica. Tú no sabes que no ha cesado un momento de hablar mal de ti, desde que entraste en mi casa; que todo lo bueno que tú hacías lo desfiguraba o se lo atribuía ella... ¡Y yo qué ciega estaba!

SUSANA. — (*Siempre de rodillas y tomando las manos de Corina*) No; mi tía querida; Vd. no puede separar de su lado a la que tanto la quiere; la culpa de María Luisa es mucho menor que lo que parece. Sin duda yo, involuntariamente y sin saberlo, le he ofendido o la he molestado, provocando su resentimiento. (*Volviéndose a María Luisa que permanece retirada en un rincón*) ¡Ven, María Luisa; ven, hermana mía; dile a la buena madre que hemos encontrado tú y yo, que estás arrepentida, que, en adelante, serás para mí una buena hermana y para ella una hija cariñosa y obediente!

M. LUISA. — (*Se acerca a Susana con la cabeza baja y con expresión de arrepentimiento*) ¡Eres un verdadero angel de Dios y yo no merezco besar la tierra que tú pisas! ¿Cómo pude estar yo tan ciega que no comprendiera el inmenso beneficio que Dios me había hecho al ponerme a tu lado? (*Dirigiéndose a Corina*) Tiene Vd. mucha razón; no merezco seguir a su lado ni recibir su protección y menos su cariño. Haga Vd. conmigo lo que quiera, pues cualquier castigo será pequeño... (*Susana se levanta y la abraza y la besa; Corina no puede resistir más y hace lo mismo*).

CORINA. — Te perdono con toda mi alma, porque veo que estás arrepentida de verdad.

SRA. DE SILVA. — (*A Susana*) Ven a mis brazos, querida mía. ¡Qué buena eres! (*A María Luisa*) Y tú, abrázame también... y no me guardes rencor.

M. LUISA. — Nunca le agradeceré bastante lo que ha hecho hoy. (*A Susana*) Y a ti, ¿qué he de decirte? Al querer difamarte y hacerte aborrecible, escupí al cielo, y me cayó en la cara. Pero no basta este bochorno; yo he de probarte de tal modo lo mucho que te admiro y te quiero, que me haga digna de tu cariño (*Se abrazan*).

ROMUALDA. — (*A Corina*). — ¡Y bien, señora! ¿Me quiere escuchar o no?

CORINA. — ¿Cómo no he de escucharte? ¿Qué quieres?

ROMUALDA. — Pues quiero decirle que el dinero que tenía la niña Susana...

SRA. DE SILVA. — (*Interrumpiéndola*) No siga; ya sabemos Corina y yo, que se trata de una comisión reservada que, por delicadeza, ni Vd. ni ella deben publicar.

CORINA. — Sí, Romualda. Ya no necesito explicaciones de

ningún género; porque hoy he aprendido que por muy sospechoso que pudiera parecer cualquier acto de esta hija querida (*abrazando a Susana*) siempre será algo muy noble y muy bueno, lo que va a hacer.

ROMUALDA. — ¡Adiós mi dinero! (*Dando una gran voz*)
¡En esto tenía que parar la fiesta! ¡Y ahora yo tendré la culpa, como de costumbre!

Todos. — Pero, Romualda, ¿qué le pasa?

ROMUALDA. — ¿Es que les falta a *toos* un sentido?
¡A ver! ¿No sienten el olor del estofado que se ha hecho puro carbón?

CORINA. — No se aflija, Romualda; comeremos lo que haya y como esté. Así como así, hoy hemos tenido el gran banquete de satisfacción y alegría.

TELON

FIN

LA VERDADERA RIQUEZA

COMEDIA PARA NIÑAS

PERSONAJES

JUANA	Viuda pobre
BLANCA	} Sus hijas
MARIA	
RITA	
INES	
DAMIANA	Amiga de la casa

Habitación pobre, pero no miserable ni sucia. A un lado una mesa grande, como de comedor, sobre la cual hay una gran tela, carretes de hilo, etc. Distribuidos en la escena, otros muebles: sillas, una máquina de coser, etc.

Al fondo la puerta de entrada; a la izquierda, una ventana; frente a ésta, una puerta que se supone que conduce a la cocina.

LA VERDADERA RIQUEZA

ESCENA PRIMERA

Blanca y María

(Blanca está trabajando sobre una mesa, en una labor delicada y María se halla en pie, mirando hacia la calle, por la ventana).

MARÍA. — *(Sin dejar de mirar a la calle)*. Yo no sé dónde va a parar esa mujer; no pasa semana sin que estrene vestido nuevo ¡y qué vestidos! ¡con lo que le cuesta cada uno tendríamos nosotras para vivir dos años como princesas...! Y ahora, también, auto propio... ¡Lo que es la suerte...! ¡Unas tanto... y otras, como nosotras, ni un mal trapo...! ¡Y no será por lo linda que sea, porque tiene una trompa...! Yo no sé qué ha podido encontrar ese hombre para casarse con ella... ¡Blanca; ven a verla, corre! ¡Vaya un traje que se ha echado para estrenar el auto...! ¡Eche usted plata...! ¡Y qué piel...! ¡Pero, apúrate, mulita, que se va...! *(Volviéndose hacia Blanca, que continúa su trabajo sin moverse)*. ¡No sé de qué tienes la sangre...! ¡Ya se fué! ¡Te quedaste sin verla; me alegro!

CLARA. — *(Sin inmutarse)*. Yo también me alegro; porque ya que se ha ido, creo que ya no tendrás que hacer nada en esa ventana y vendrás a darme una manita...

MARÍA. — ¡Ay, hija! ¡Ni respirar la dejas a una!

CLARA. — Respira todo lo que quieras; pero acuérdate que quedamos en entregar este "store" hoy antes de anochecer, y hay que cumplir... porque hay que cumplir... y porque hay que cobrarle; para completar para el alquiler y tener algo que llevar a la boca estos días. Y si me dejas sola, me va a ser muy difícil.

MARÍA. — ¡Calla, calla! ¡Que pareces un padre predicador! Ya sabes que no le tengo asco al trabajo ni soy capaz de echar sobre nadie lo que yo tengo que hacer... pero recrear un poco la vista no es un pecado... y hasta anima para el trabajo. ¡Ay; quién fuera rica...! (*Se sienta a trabajar*). ¡Oye! ¡Trae el género un poco para acá, que si no, no sé cómo voy a arreglarme...!

BLANCA. — Mira; por ahora ponte a hacer los flecos en aquella punta y yo mientras acabo de pegar estas aplicaciones... Así no nos estorbamos.

ESCENA SEGUNDA

Dichas, Inés y Rita

INÉS. — (*Al entrar se deja caer sobre una silla, como quien no puede ya sostenerse y suspira muy fuerte*). ¡Al fin puede una sentarse un momento! ¡Vaya un trotecito! (*A Rita*). Te aseguro que contigo no vuelvo a salir ni a misa, como antes no me entregues la plata para el tranvía... a mí... en mi manita...

BLANCA. — Pero ¿tanto has caminado?

INÉS. — ¡Qué caminar! ¡Correr como locas, no sé por

qué! ¡Porque Su Excelencia decía que tenía hambre y se iba a caer en medio de la calle si perdíamos un minuto!

RITA. — ¡No seas pava! (*Volviéndose a Blanca y María*). En el registro no nos pagaron, después de tenernos de plantón una hora, diciéndonos que pagarían esta tarde cuando fuéramos a buscar la costura; con el frío que hace, teníamos los pies como pedazos de hielo, y como, además, se había hecho un poco tarde, la dije a ésta: —Vamos a ir ligeritas y así entramos en calor y llegamos a buena hora.

BLANCA. — Pero, ¿por qué no vinisteis en el tranvía?

INÉS. — Pues porque la señora tragaldabas, cuando íbamos para allá, tuvo la ocurrencia de gastarse los veinte centavos en ensaimadas.

MARÍA. — Y tú ¿por qué la dejaste?

INÉS. — Como ella llevaba la plata y, además, creía que nos iban a pagar...

BLANCA. — (*A Rita*). La verdad es que no te hubieras muerto sin las ensaimadas.

RITA. — Es que tú no sabes qué necesidad sentía; como esta mañana apenas tomé un matecito...

INÉS. — Sí; un matecito... y todo el pan que había en el cajón y del que no dejaste migaja ¿no se cuenta?

RITA. — Bueno, bueno; y, a todo esto ¿no se come hoy en casa? Levantad eso de ahí, y vamos a poner la mesa.

BLANCA. — Te aguardarás aún un ratito, pues todavía no ha venido mamá.

RITA. — Pero, con que pongamos la mesa, nada se pierde...

BLANCA. — Se pierde el tiempo que aun podemos aprovechar María y yo. Además, aun no hemos puesto la sopa. (*A Inés*). Anda, Inés; ve tú a ponerla.

INÉS. — (*Sin levantarse de la silla*). ¡Bah! ¡Yo estoy muy cansada; que vaya Rita!

MARÍA. — ¡Haraganota! ¡Sacude de una vez esa pereza!

RITA. — Yo voy. (*Sale*).

INÉS. — ¡Qué gana tengo de ser rica!

MARÍA. — Y ¿qué harías si lo fueras?

INÉS. — ¿Que qué haría?... Pues... no hacer nada. Compraría una casa muy linda, con unos sillones muy cómodos y me daría la gran vida...

MARÍA. — Pero ¿qué sería esa gran vida?

INÉS. — Pues... ya te he dicho... no hacer nada. Pasear en mi automóvil, ir al teatro y a las carreras... y poder estar en la cama hasta que se me antojara, y poder repantigarme en mis grandes butacas...

MARÍA. — ¡Vaya una buena vida...! Lo que es yo, no dejaría de trabajar si fuera rica, porque en algo hay que ocuparse para no morir de aburrimiento; pero, naturalmente, no trabajaría así... para ganar plata... sino para mí, para entretenerme. Pero, en cambio ¡verías qué trajes me iba a hacer...! ¡Y qué sombreros...! ¡Y qué pieles...! ¡Y habías de ver mis automóviles... y mis alhajas...! ¡Ay, chicas; eso es vivir!

RITA. — (*Que ha vuelto a entrar y ha oído las últimas palabras*). ¡Bah, bah, bah! Y ¿eso es vivir bien? Déjate de zonzeras. Con ir decente y limpia, basta, que ni las pieles ni las sedas ni las joyas son necesarias para vivir; ni quitan ni ponen al cuerpo, que es lo que importa. Y por lo que hace a los autos, más sano es andar a pie; se hace ejercicio. Y en caso de apuro, se toma el tranvía, en donde se va tan ricamente sin peligro de estrellarse. Vivir bien es tener buena mesa; comer todo lo que se tiene gana y saber a qué saben to-

das esas cosas tan ricas que a veces se ven en las vidrieras y que sólo de verlas se le hace a una agua la boca. Eso sí; eso hace sangre rica y da buena salud. Y con buena salud hay buen apetito y hay alegría y todo parece más lindo y hasta siente uno como si quisiera mucho mejor a los suyos y que no hay nadie malo en el mundo.

MARÍA. — Esa es la vida con que sueñan los chanchos.

RITA. — Y la tuya la que sueñan los pavos.

MARÍA. — ¡La pava serás vos!

RITA. — ¡Y vos la chancha!

BLANCA e INÉS. — ¡Haya paz! ¡No faltaría más...!

RITA. — Por mí...

INÉS. — Blanca es la que hasta ahora no nos ha dicho qué haría si fuese rica. ¡A ver; dínos!

BLANCA. — ¡Como no lo he de ser... ni lo necesito!

RITA. — ¿Que no lo necesitas...? ¿Tan sobrada estás de plata?

INÉS. — Bueno; de cualquier manera ¿qué harías si fuese rica?

BLANCA. — Sólo por una cosa quisiera tener dinero; y para ello no necesitaría mucho...

MARÍA. — (*A Inés*). A ver por dónde sale Doña Singustos. (*Alto*). Bueno; y ¿para qué lo querías?

BLANCA. — Para que nuestra pobre madre pudiese descansar, al fin, y tener una vejez tranquila y sin privaciones.

MARÍA. — Ya decía yo que habías de salir con una de tus solfas. Es natural que ninguna de nosotras había de dejarla morir de hambre; y el que luciera mis joyas y mis autos y mis vestidos, no iba a impedir que ella tuviese también los suyos y que no le faltara nada.

BLANCA. — A madre nunca le gustaría lucir...

RITA. — Pero, seguramente, le gustaría tener una buena mesa y salir alguna vez del pucherete tísico

de todos los días... menos los que falta, y de nuestros delicados vinos marca canilla. Por cierto que ya tarda... ¡Ah! Voy a ver cómo va la sopa. (*Sale*).

ESCENA TERCERA

Blanca, María, Inés y Juana; luego, Rita

JUANA. — (*Entrando muy alterada*). ¡Hijas de mi alma! ¡Ay! ¡Dejadme que me siente! ¡Vengo sin aliento! (*Todas la rodean*).

BLANCA. — ¿Qué le pasa, madre? ¿Le ha ocurrido algo?

MARÍA. — ¿Está usted enferma?

INÉS. — ¿Qué tiene usted?

JUANA. — (*Procurando disimular su emoción*). No os asustéis, hijitas; al contrario. ¡Si Dios quisiese que fuese verdad! ¡Ay, hijas; qué dichosas íbamos a ser!

BLANCA. — Pero ¿qué es lo que ocurre, madre?

JUANA. — ¡Hijas mías; que me parece que nos ha tocado la lotería! ¡El premio mayor!

MARÍA. — (*Gritando desde la puerta por donde salió Rita*). ¡Rita! ¡Ven corriendo! ¡Deja que se queme la sopa o se la lleve el diablo! ¡Que somos ricas!

RITA. — (*Entrando*). ¿Pero estás loca, chica?

MARÍA. — Pregunta a mamá.

JUANA. — ¡No corras tanto, hija; que aun no sabemos nada de fijo...! Y muy bien pudiera suceder que todo se volviese humo.

INÉS y MARÍA. — Pero usted nos ha dicho...

JUANA. — Sí; yo he hecho mal; habría debido esperar... Pero, con la emoción... no pude contenerme...

BLANCA. — No; usted no ha hecho mal; ha hecho lo que cualquiera que tenga alma, haría en su lugar... Además, usted no dió la noticia como segura... Usted dijo que le parecía...

RITA. — Bueno; pero ¿qué es lo que hay de verdad?

BLANCA. — Descanse primero, madre; y serénese.

JUANA. — Sí; ya estoy serena. Voy a deciros qué ha pasado. Después que entregué los bordados a la señora del doctor, volvía ya a casa cuando, al pasar por delante del boliche de la Damiana, salió ésta como una loca llamándome a gritos. Entré, algo emocionada al ver así a una mujer tan formal, y lo primero que me dice, es esto: —Señora Juana ¿cuál es el número del billete que juega usted con mi marido? —Ya sabéis que cuando la semana pasada, fui a cobrarle las camisas, se empeñó en que le tomara dos pesos en un billete que tenía, y no hubo más remedio que tomarlo o no cobrar nada. Pues bien, cuando la Damiana me hizo esa pregunta, yo me eché a pensar, pero no me acordaba...

MARÍA. — Pero usted ¿no tenía recibo o no había apuntado, siquiera, el número?

JUANA. — Recibo no tenía, porque el señor Pedro es hombre de confianza que nunca habría de negarme lo mío; pero el número sí le apunté... Sólo que no sé dónde le puse...

INÉS. — Vamos, sí; la de siempre. Para que una cosa se pierda para "in sécula" basta que usted la guarde.

BLANCA. — Podrías tú guardar tus oportunos comentarios para mejor ocasión. Siga, madre.

JUANA. — Pues, como os decía, me eché a pensar; pero no recordaba bien... Yo sabía que el millar era el 13 y la terminación el 4; pero las otras cifras... como si no las hubiera visto en la vida. Así se lo dije a la Damiana, y enton-

ces ella volvió a reír y a palmotear y me replicó: —¡Eso, eso mismo; el 13.624! ¡Señora Juana, nos ha tocado el premio gordo! — Cuando me dijo esto, ví al momento el número delante de los ojos. Sí; me acordé que tenía un seis y un dos... Bueno; la Damiana, al ir al mercado, lo había visto en una agencia y había vuelto corriendo a casa para avisar al señor Pedro; pero él se había ido ya con el chico, y ni siquiera sabía ella si había ido hacia el norte o hacia el sur. Había, pues, que esperarle hasta que volviese a mediodía; como cuando me dijo esto la Damiana eran ya las once y media pasadas, decidí esperar también... y por eso me he demorado tanto.

MARÍA. — Y entonces ¿cómo es que todavía dice usted que aun no sabe si es verdad o no?

BLANCA. — Pero, ¿querréis callaros y dejarla que hable tranquila?

JUANA. — No lo sé aún, porque el señor Pedro, que todos los días va a su casa antes de mediodía, hoy, a las doce y cuarto, aun no había llegado. Yo me había dejado estar por aquello de que ya que he esperado media hora, por unos minutos más no vale la pena de irse; pero iban a ser las doce y veinte cuando se presentó el chico diciendo que el señor Pedro le había mandado a decir que comieran y le guardaran lo suyo, porque él se iba a demorar, porque iba a ver unas mercaderías que le habían ofrecido a buen precio... Entonces, no quise aguardar más, para no teneros con mayor cuidado, y me vine, quedando la Damiana en avisarme en cuanto llegase el señor Pedro.

INÉS. — ¡Pero, entonces, quiere decir que nos ha tocado; que somos ricas!

- RITA. — ¿Por qué dice usted que puede no ser verdad, si es ese el número?
- JUANA. — A mí me parece que sí... pero... segura, segura... no lo estoy.
- INÉS. — ¡Pero si usted sabe que empieza con 13 y termina con 4... y que los de enmedio son un 6 y un 2... ¿en qué quedamos?
- JUANA. — En que pudiera estar confundida... A mí me parece, en efecto, que ese es el número; pero hasta que no vea el billete...
- INÉS. — ¡Bah! ¡Sería demasiada casualidad y demasiada "yetta"...! Pero si la Damiana también sabe que es ese el número... ¡Ay, madre; yo no vuelvo a agarrar una aguja en toda mi vida! ¡Ah! Desde hoy que nadie me despierte a ninguna hora... ¡Me voy a dar cada panzada de cama...!
- MARÍA. — ¡Estás fresca! Te levantarás como todas y harás lo que tengas que hacer. (*A Juana*). Eso, sí, mamita; tenemos que alquilar una casa muy linda, en el barrio de Palermo, y comprarnos, por lo menos, media docena de vestidos cada una.
- RITA. — ¡Déjate de trapos! Esta misma tarde, lo que tenemos que hacer es irnos al mercado del Plata para preparar la gran comilona para la noche. Y avisar al hotel para que desde mañana nos manden la lista y nos sirvan. Así, sí; es como se aprovecha el dinero...
- MARÍA. — ¡Ah, no! Mamá. No faltaría más sino que fuéramos a tirar la plata en convertirnos en ponernos cebonas.
- RITA. — Peor es derrocharla en cintajos y relumbrones.
- INÉS. — ¡Mamita, hazme caso a mí! Una casa decente, sin lujos ni perendengues; pero con buenas camas y butacas muy cómodas; buenos libros de poesías y novelas de amor, y todos los

días al teatro, o al cine si hay cintas de Rodolfo Valentino.

JUANA. — Para todo habrá, hijas.

MARÍA. — No; porque por mucho que toque, si nos da por llenar la casa de libracos o tener un banquete todos los días, no va a quedar lo necesario para vestir como la gente.

RITA. — ¡Pues no digo nada si empezamos a comprar pieles y zorros y a andar vestidas de seda y con sombreritos a la Mitifliqui y con casa en la Avenida Alvear y automóvil para que nos vean en Palermo los niños bien canijos...! ¡Ni para un mes...! ¡Y mientras, con la barriga vacía!

JUANA. — Pero, hijas; ya os digo que a todo se atenderá... de una manera razonable.

MARÍA. — ¡Ah! ¡No! Yo no voy a conformarme, una vez que tengo dinero, con ver que se gasta en paparruchas, y sin poder vestir a mi gusto y lucirme.

BLANCA. — Si me dejais hablar...

MARÍA. — ¡Ya has de salir con alguna tuya!

BLANCA. — Escucha antes de juzgar. En el supuesto — que no lo sabemos — que fuera verdad que nos había tocado ese premio, lo que nos correspondería serían 9.500 pesos. Esa cantidad, para nosotras sería una fortuna; pero siempre que supiéramos administrarla; sin salirnos de nuestra condición, y dejándonos de locuras que no conducen a nada más que al derrumbe. Estoy conforme en que una pequeña parte, a lo sumo los quinientos pesos, se gasten en arreglarnos un poco y en satisfacer, hasta donde alcance, y de una manera razonable, los deseos de cada una. Con lo demás, buscaríamos un buen local en sitio céntrico y pondríamos un taller de modas y bordados que, atendido por las cuatro, no nos

haría millonarias, pero nos daría cuanto puede apetecerse para ser feliz; vida independiente y cómoda y la estimación de las gentes. En cuanto a nuestra madre, así podría ya descansar; que bien ganado se lo tiene.

INÉS. — ¡Ah; bah! Para seguir trabajando, no vale la pena de que nos toque la lotería.

MARÍA. — ¡Pues si para vestirnos todas y arreglar la casa no vamos a destinar más que los quinientos pesos, por mi parte prefiero quedarme sin nada!

RITA. — A mí me parece muy bien. Y como nosotras tenemos que atender al taller, y el taller dará para eso y algo más, tomaremos una buena cocinera. Comiendo bien se trabaja con gana.

MARÍA. — ¡Hambruna! ¡Me da asco oírte!

INÉS. — ¡Bueno! ¡Ya he dicho, que yo no trabajo!
¡Que me den mi parte!

MARÍA. — Y a mí la mía. Así la gastaré como se me antoje.

RITA. — Lo que hay que daros a vosotras es una buena tunda, para que no digais desatinos.

INÉS. — Serás tú la que me la des.

RITA. — Dilo mucho y verás.

JUANA. — Pero, hijas; ¿ahora vais a pelearos?

BLANCA. — ¿No os da vergüenza?

ESCENA CUARTA

Dichas, y Damiana

DAMIANA. — (*Entra con aire compungido*). ¡Ay, mi querida señora Juana! ¡Qué mala suerte la nuestra...!

INÉS. — ¡Adiós mi plata!

- JUANA. — ¡Ya me hago cargo! No era el número, ¿verdad?
- MARÍA. — Pero ¿y todo aquello de empieza con 13, termina con 4 y en medio hay un 6 y un 2? ¡Miren que es muy raro que ahora ya no haya nada de eso...!
- DAMIANA. — Todo aquello era verdad; sólo que el 6 y el 2 de en medio, estaban al revés; el 2 delante y el 6 detrás. Ahí tienes el billete. (*Le entrega uno*). El 13.264... Ha sacado... la terminación... tres pesos por décimo.
- BLANCA. — (*Riendo*). Menos mal que recuperamos la plata... y aun salimos ganando un peso.
- MARÍA. — (*Furiosa, con ironía*). ¡Guárdatela para poner el taller...!
- JUANA. — Bueno, hijas; ¡qué hemos de hacerle! ¡No es la suerte para nosotras! ¡Pobres éramos, pobres quedamos! ¡No hay más que tener paciencia!
- INÉS. — (*Con rabia*). ¡Eso es! ¡Y seguirse repudiendo en esta vida de trabajo y de miseria, sin poder descansar nunca...!
- BLANCA. — Cállate; que eres la que más sale ganando. Porque lo que tú querías hacer... ¡esa sí que no es vida! ¡Qué pronto ibas a repudrirte de verdad!
- INÉS. — ¡Qué sabes tú, pavota!
- MARÍA. — (*A Blanca*). Y yendo siempre hechas unas zarrapastrosas, también salimos ganando ¿verdad?
- BLANCA. — Vamos sin lujo; pero vamos decentes. Y eso es lo que importa. Por lo demás ¿quieres gabas y cintajos? Pues, buenas manos tienes; gánatelos. Poco sacamos; es cierto, pero si de ese poco aún separásemos cada vez un poquito, dentro de cierto tiempo podríamos librarnos de los registros, que son los que nos

absorben el jugo y trabajar por nuestra propia cuenta. Y entonces...

RITA. — (*Interrumpiéndola con un grito*). ¡Ay, Dios! ¿No sentís qué olor a quemado? ¡La sopa se nos hizo carbón! (*Corre adonde se supone que está la cocina*).

JUANA. — La verdad es que huele a quemado.

INÉS. — Por mí... ¡aunque se quemara la casa...!

RITA. — (*Entrando de nuevo*). Ahora, comeremos gujarros. ¡Si nunca hubiera loterías en el mundo...!

MARÍA. — (*Con zumba*). No se quedaría la gente sin comer ¿verdad?

BLANCA. — ¡Ni tú misma te das cuenta de la gran verdad que has dicho!

DAMIANA. — Pero a los pobres... si no fuera por la lotería ¿qué esperanza nos queda?

BLANCA. — El trabajo, que es la única fuente real de riqueza; y la conformidad, que es la base de la tranquilidad de espíritu y la madre de la felicidad. Para llenar las necesidades reales, muy poco es suficiente; para apagar las ansias de la vanidad, todos los tesoros de las "Mil y una noches", son una gota de agua.

FIN

LA VIRTUD ES INVENCIBLE

COMEDIA PARA NIÑAS

PERSONAJES

MARTA	Señora de elevada posición.
PETRONA	Su hija.
DELIA	Sobrina de Marta, huérfana.
MAESTRA	

La escena representa una habitación en casa rica; al fondo una vidriera a través de la cual se ve un jardín. A los lados, puertas practicables; a la derecha, al fondo, la que se supone da al exterior; a la izquierda dos, una de las cuales se entiende que conduce al cuarto de Marta y la otra al de Petrona. Muebles diversos, entre los que debe haber un armario - ropero u otro que haga sus veces.

LA VIRTUD ES INVENCIBLE

MAESTRA. — Sí, señora; he creído de mi deber darle la voz de alarma sobre Petrona. Una madre, no hay duda, que podrá hacer lo que no le es posible a otra persona. Yo callé en un principio porque pensaba que eran simples celillos, que pasarían; pero pasaba el tiempo y ellos crecían y a Petrona la envidia le dominaba.

El bien de cualquier niña la desespera; ha logrado que de ella todas se alejen, y en los mismos recreos sola la dejen porque nadie la quiere por compañera.

A Delia, su primita, que es un encanto y la niña mimada de las maestras, le dirige miradas torvas, siniestras y la demuestra un odio que pone espanto.

A mí me duele mucho, señora mía, darle este gran disgusto; pero callarme peor hubiera sido...

MARTA. — Sí; en avisarme ha hecho bien, si remedio hay todavía. Me ha causado ¿quién duda? pesar muy [hondo lo que de mi Petrona me comunica, pero como se trata de un mal de fondo hay que proceder pronto con esa chica.

En cuanto a su visita, es una muestra de que Vd., aunque es joven, tiene conciencia y hace un apostolado de la docencia. Es Vd. el modelo de la maestra.

Vaya, vaya tranquila, pues yo le juro
que seguiré la senda que Vd. me traza.

MAESTRA. — Entonces, mi señora, creo seguro
vencer el mal terrible que la atenaza.

MARTA. — Mil gracias, señorita, por su desvelo.

MAESTRA. — He cumplido, tan sólo, como debía.
Yo en la escuela, usted en casa, con energía.
venceremos, señora. (*Sale*).

MARTA. — (*Acompañándola a la puerta*). — ¡Que la oiga
[el cielo!

ESCENA SEGUNDA

Marta, sola

¿En qué estaba yo pensando?
¿Cómo yo, que soy su madre
no pude ver tal defecto
en Petrona? Ahora ¡quién sabe
si estaremos aún a tiempo...!
Mas no debo amilanarme
sino luchar con ahinco
hasta poder arrancarle
un vicio tan horroroso
que le envenena la sangre.
Tiene razón la maestra:
no hay sacrificio que baste
tratándose de lograr
que reforme su carácter.
Y puesto que ella en la escuela
procura modificarle
con ejemplos y consejos,
yo debo hacer de mi parte
todo cuanto esté en mi mano
para que el mal no adelante.

ESCENA TERCERA

Marta y Delia

DELIA. — (*Entrando*). Mi queridísima tía
vengo a pedirle una cosa...

MARTA. — Desde luego, concedida,
pues pedida por tu boca
tiene que ser cosa justa.

DELIA. — Tía, usted me abochorna...

MARTA. — Bueno; dime lo que quieres.

DELIA. — Mi buena prima, Petrona
cumple años el martes próximo,
y yo quisiera, señora,
contribuir de algún modo
a festejarla con obras,
además que con deseos.
Entre otras varias cosas
sé que ha comprado usted un corte
de seda color de rosa
para cortarla un vestido.
Usted, que es tan bondadosa
conmigo, concédame
la gracia de que yo cosa
el vestido de mi prima.

MARTA. — ¡Tú, siempre tan generosa!
¡Dios te bendiga, querida!
¡Ojalá fuese Petrona
como tú; que yo sería
la madre más venturosa!
Pero no puedo acceder
a lo que me pides ahora.
Ese corte no es para ella
como ninguna otra cosa
de las que iba a regalarle...

DELIA. — ¿Cómo usted tan rigurosa?

- MARTA. — Hace un rato estuvo aquí
vuestra buena profesora
y me ha informado de todo
cuanto hace esa pobre loca
movida por ruín envidia;
todas las niñas la odian
por su perversa intención...
- DELIA. — Un poco voluntariosa...
pero no es mala... exageran...
Con cariño...
- MARTA. — (*Aparte*). ¡Qué alma hermosa!
(*A Delia*). Es necesario el rigor
y hay que acudir sin demora
a combatir ese mal.
- DELIA. — Sea con ella amorosa
y no dude usted que así
logrará total reforma...
¡Déjeme coserla el traje!
Usted verá cuán preciosa
va a estar con él... ¡Se lo ruego!
- MARTA. — Bien; te dejo que lo cosas,
pero que ella nada sepa,
porque según se comporta
tendrá fiesta o no tendrá.
Y el traje quizá pase a otra
que se lo merezca más.
(*Al decir esto abre un ropero y saca un atado
en el que se supone está el corte*).
- DELIA. — Nadie mejor que Petrona.
- MARTA. — Delia, tú eres mi consuelo.
¡Si fuese como ésta la otra! (*Sale Delia*).
¡Pero es el extremo opuesto...!
-

ESCENA CUARTA

Marta y Petrona

PETRONA. — (*Entrando*). Buenos días, mamá.

MARTA. — ¿Ahora
te levantas de la cama?

PETRONA. — No, mamá; hace ya dos horas
que me encuentro levantada.
Estaba tan lindo el cielo
y tan fresca la mañana
que no pude resistir
las vehementísimas ganas
de salir a tomar aire.

MARTA. — Ya sabes que no me agrada
que te vayas de paseo
sin decirme una palabra.
No cuesta ningún trabajo
avisarme....

PETRONA. — (*Con ironía*) ¡Lo esperaba!
¡Todo aquello que hago yo
es una maldad tamaña!
¡Imaginen si es pecado
pasear por la mañana!
¡Ah! ¡Si me llamara Delia (*con rabia*)
otro gallo me cantara!

MARTA. — ¡Calla, calla, envidiosona!
¡Si tú a tu prima copiaras!....

PETRONA. — ¿Que imitara yo a ese bagre?
Pues sería una atorranta
recogida de la calle,
por lástima, en esta casa;
que, por agradecimiento,
por medios ruines trata
con chismes y con enredos
de introducir la cizaña.

¡Eso es lo que yo sería!
Una hipócrita antipática,
una odiosa, una embustera,
envidiosa y fea...

MARTA. — ¡Calla!

Que no te puedo escuchar
y mi paciencia se acaba.
Y ahora, oye lo que te digo.
Serás en casa una extraña,
una pupila, una huésped,
en lugar de la hija amada,
mientras no cambies de genio.
Esa envidia que te abrasa
hay que dominarla en breve;
debes ser bien educada
y cariñosa con todos.
A Delia, que es una santa,
debes tomar por modelo,
y tú verás cuánto ganas.

PETRONA. — ¡Debería de estar loca!

MARTA. — Ahora lo estás, por desgracia;
pero por la pena, es cuerdo
el loco; y tiempo me falta
para empezar a curarte.
Por lo pronto, ya no hay nada
de fiesta para tu santo,
ni regalos ni parrandas.
La tela que te compré,
a otra ya está destinada;
también el reloj-pulsera
que papá comprar pensaba.
Desde hoy harás otra vida,
ya que la muy regalada
que te dimos hasta hoy
te ha hecho volverte tan mala (*Sale*).

PETRONA. — ¡Pues si piensa que así cambie
puede esperarlo sentada! (*Con ironía*).

ESCENA QUINTA

Petrona sola

¡Que voy a hacer otra vida!...
¡Que soy mala y envidiosa!....
Pero, ¿qué quieren que sea
si los motivos me sobran?
Yo soy linda y soy muy rica
visto como ninguna otra
y soy graciosa y soy viva...
pero la gente es tan tonta
o tan malvada y tan ruin
que donde yo esté con otras
todo ha de ser para ellas;
y para mí... ni las sobras.
Parece que ni existiera,
y eso me indigna y sofoca.
Con mi prima, sobre todo,
aunque es una pobretona,
todos me dan en la cara
y eso me pone furiosa.
Todos andan a porfía
a alabar a la señora:
“¡qué buena! ¡qué inteligente!
“¡qué aplicada! ¡qué hacendosa!
“¡Imita a tu prima Delia,
“tan dulce, tan bondadosa!....”
¡Esto me quema la sangre!
¡Me da una furia espantosa!
¡Yo no sé lo que la haría!...
¡Es para volverme loca!...

ESCENA SEXTA

Petrona y Delia

DELIA. — Petrona, ¿tú no tendrías
mi tizerita pequeña?

PETRONA. — Yo no tengo nada tuyo. (*Con acritud*)

DELIA. — Bueno, Petrona, dispensa.

PETRONA. — Dispenso, pero otra vez
no hagas preguntas tan necias.

DELIA. — ¿Por qué me hablas de ese modo?
¿Te he dicho algo que te ofenda?

PETRONA. — Tú ofendes hasta callada.
Y será bueno que sepas
que yo no puedo tener
nada tuyo, aunque quisiera;
porque tú no tienes nada
aquí, que te pertenezca.
No olvides que de limosna
estás en mi casa...

DELIA. — Es ésa
una cosa que jamás
olvidaré hasta que muera,
aunque tus buenos papás
en que lo olvide se empeñan.
Y, por lo mismo, Petrona,
conmigo debes ser buena.
No sabes qué pena siento
al mirar cómo te alteras
sin que haya ningún motivo.
Querida prima, no seas
tan agria y despreciativa,
tan altanera y tan seca.

PETRONA. — No necesito consejos;
seré como me parezca.
Mas te he de recomendar

que en adelante no vuelvas
 con chismes a mi mamá
 de si hago o no hago en la escuela.
 Ya te he dicho y te repito
 que conmigo no te metas,
 pues yo soy la hija de casa
 y tú menos que sirvienta.
 Con que cada una en su puesto...

DELIA. — Adiós, prima, como quieras. (*Sale*).

ESCENA SEPTIMA

Petrona, sola

PETRONA. — (*Mirando por donde salió Delia*).

Del cuarto de mi mamá
 antes salió la *monjita*,
 y ahora vuelve allí a encerrarse...
 Esto me huele a intriguilla.
 Pero mamá, no está allí...
 ¿Qué estará haciendo esa chica?
 Voy a ver si veo algo
 que me resuelva este enigma.
 (*Sale por la misma puerta y vuelve a entrar
 casi en seguida*).

Está cosiendo la seda
 que mamá me compró a mí...
 Sin duda que para ella
 se la pidió la muy ruín,
 viendo que mamá estaba
 conmigo enojada... ¡Sí!
 ¡Habrás visto la infame!
 ¡Habrás visto la ruín!
 (*Amenazando con la mano hacia la puerta*)
 ¡Pero no cantes victoria

que tampoco es para ti!...

(*Se asoma a la puerta y grita*)

¡Delia! ¡Mi mamá te llama
y te espera en el jardín!

DELIA. — (*Entrando*) ¿Dices que tía me busca?

PETRONA. — ¡Anda! ¡corre!

DELIA. — ¡Gracias mil! (*Sale por otra puerta*).

PETRONA. — (*Al verla salir*)

Ahora, agarro yo la seda

y la hago cantar ¡sis! ¡sis!

(*Entra por donde salió Delia*).

ESCENA OCTAVA

Marta y Delia

MARTA. — ¿Fué Petrona quien te dijo
que yo te había llamado?

DELIA. — Sí, señora. Y que usted estaba
en el jardín.

MARTA. — (*Aparte*) ¡Es extraño!

¡Mucho temo que esa chica
haya tramado algo malo!

(*A Delia*) Y ella, ¿dónde quedó?

DELIA. — Aquí.

MARTA. — Voy a ver si está en su cuarto.

(*Sale por una puerta inmediata a la que conduce a su cuarto*).

ESCENA NOVENA

Delia y luego Petrona

DELIA. — (*Pensativa*) No acabo de comprender
para qué me habrá engañado...

¡Como no fuese!... ¡Dios mío!

¡Sólo pensarlo es pecado!...

(Va a salir por la puerta que conduce al cuarto de Marta, pero en ese momento entra por la misma Petrona).

PETRONA. — *(Con ironía)* Para acabar tu vestido no te apures demasiado, pues me parece que tú no has de poder estrenarlo.

DELIA. — ¿Qué quieres decir con eso?

PETRONA. — Que tú te habrías pensado que yo te iba a consentir que me hubieras usurpado el traje que para mí mi mamá había comprado; pero si pudiste creerlo, hija, te has equivocado.
¡Vete a probártele! ¡Anda!
¡Te ha de estar que ni pintado!

DELIA. — Petrona, ¿qué es lo que has hecho?

PETRONA. — ¿Yo?... ¡Nada!... ¡Vete a mirarlo!
(Sale Delia por la puerta del cuarto de Marta).

ESCENA DECIMA

Petrona, después Marta y Delia

PETRONA. — *(Con fruición)* Lo he cortado todo en tiras.
¡Ahora, que lo arregle el diablo!
(Se oye dentro un grito de Delia).

MARTA. — *(Entrando alarmada)* ¿Qué grito es ése?

PETRONA. — No sé;
¡Cualquiera va a adivinarlo!

DELIA. — *(Entrando afligida)* Petrona, ¿sabes qué has
[hecho?

MARTA. — ¿Queréis decir qué ha pasado?

DELIA. — *(Al ver a Marta, queda confundida y sin sa-*

ber qué decir) ¡Nada!... ¡Tía!... ¡Me pinché!...
y por eso había gritado...

MARTA. — Tú me ocultas la verdad...

(*A Petrona*) Y tú, ¿muda te has quedado?

PETRONA. — Y bien, ¿por qué he de callar?

Pasa... que yo he hecho pedazos
la seda con que esa hipócrita
se había un traje cortado
aunque sabía muy bien
que para mí la compraron.
¡Ni para mí ni para ella!

MARTA. — ¡Gran hazaña!

DELIA. — (*A Marta*) No haga caso;
pues lo hizo sin darse cuenta...

MARTA. — (*A Petrona*) El traje que has destrozado
lo estaba cosiendo Delia
para ti. Yo había pensado
no dártelo más, pero ella
me enterneció con su llanto
e hizo que te perdonase
y la dejase cortártelo
y coserlo, pues no ignoras
que tiene un gusto extremado.
Ahora, mira lo que has hecho;
tú misma te has castigado;
pero no basta que quedes
sin vestido, es necesario
que purgues la gran infamia
que has cometido; por tanto
escucha lo que te digo:
No pienses pedirme un trapo
ni salir jamás de casa
mientras con tus propias manos
no te cosas un vestido
en esos mismos pedazos
en que rompiste la seda.
Y una vez que esté acabado
será el único que lleves

un mes, dos meses, un año...
 En fin; hasta que la envidia
 que te envenena los ánimos
 no haya desaparecido;

y tén por averiguado
 que no he de ceder un punto.

DELIA. — (*Se ha acercado a Petrona y le dice en voz baja*)

No te asuste ese trabajo,
 que yo lo haré si me dejás.
 Haciéndolo tableado
 quedará un traje precioso.
 ¡Verás qué chasco le damos!...
 Pero tú no digas nada...

PETRONA. — (*Ha quedado un rato como reflexionando, y de pronto se arroja de rodillas ante su mamá*).

¡Mamá! ¡Perdón!

MARTA. — (*Impresionada por ese arranque*) ¡A mis bra-
 [zos!

PETRONA. — (*Sin levantarse*) No lo merezco, mamá
 la envidia me ha envenenado
 y he sido mala... perversa
 he gozado haciendo daño.
 A mi pobre prima Delia
 con un rencor inhumano
 he perseguido con saña,
 he ofendido, he humillado,
 gozando en su sufrimiento...
 ¡Cómo ha de perdonármelo!

DELIA. — ¡Con alma y vida, Petrona! (*Abrazándola y levantándola del suelo*).

MARTA. — ¡Qué felicidad, Dios santo! (*También la besa y la abraza*).

PETRONA. — Es que Delia me ha vencido.

DELIA. — ¡La Virgen hizo un milagro
 accediendo a mis plegarias!

PETRONA. — Tal vez; pero en ese caso

tú fuiste el instrumento
que para hacerle ha empleado.
Tu bondad, tu mansedumbre,
tus proceder cristianos,
aun contra mi voluntad
fueron mi ánimo minando
y, al fin, mis malos instintos
por completo han dominado.

DELIA. — Es que tu fondo era bueno.

PETRONA. — No; mi fondo era muy malo.

MARTA. — ¡Bueno! Fuera como fuere,
que vió su error, es el caso.
Y es que nunca podrá el mal
imponerse, si en contacto
se pone con la virtud
y se traba lucha entre ambos.
Aunque otra cosa nos digan
los tontos y los malvados,
la astucia y las malas artes
de que se valen los malos,
estréllanse eternamente
contra el que con firme paso
sigue la senda del bien
sin temores ni cuidados,
con la vista fija en Dios
y en sus mandamientos santos.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

